

PUNTO
ROJO

política y asesinato

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK
CARELLA



BURTON HARE

POLITICA Y ASESINATO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 294

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 31.496 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1967

© BURTON HARE - 1967
sobre la parte literaria

© GILABERT - 1967
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

888. — Cuando todo termine.

898. — El comité del crimen.

903. — Vivir para matar.

En Colección PUNTO ROJO:

234. — La noche negra.

288. — Con la muerte auestas.

291. — Tan sólo un cadáver.

En Colección ALTO SECRETO:

6. — El FBI al acecho.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

147. — Se necesita un cadáver.

155. — Destino: el infierno.

164. — Un crimen tras otro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

268. — Tres criminales para un crimen.

CAPÍTULO PRIMERO

La ciudad estaba llena de carteles electorales. Todo el mundo podía verlos a cualquier hora, en cualquier lugar, mirase adonde mirase. Los había multicolores, chillones como coristas en trajes de Eva. Sobrios y encopetados, familiares, hogareños...

Para todos los gustos.

Para todas las clases sociales.

La mayoría ostentaban la efigie de Simón Rawlins. Un rostro redondo, bonachón, pero de ojos agudos y labios firmes. Mechones grises cubrían sus sienes. Era la estampa clásica del político de profesión, con aspecto aristocrático, pero no tanto que no llegara a interesar también a los que se movían en las capas medias de la sociedad.

Botones de solapa con su retrato, sombreros con las insignias de su partido; jerseys con su nombre cruzando la espalda,... todo era lícito para la gigantesca publicidad desencadenada.

Su rival no se quedaba atrás en el despliegue de captación de electores, con todo lo cual la ciudad vivía en un ambiente frenético que aumentaba su ya de por sí frenético ritmo de vida.

Nadie pensaba en otra cosa que no fueran las próximas elecciones para la gobernaduría del Estado. Y, en las altas esferas de los dos partidos rivales, no dejaban de soñar también en la meta final de toda carrera política que se estime: la Presidencia para un plazo más o menos largo, o más o menos corto...

Sin embargo, todavía quedaban gentes a las que les importaba un bledo la política en tanto no interfiriera en sus intereses, o no les pagasen para que les interesara...

Por ejemplo: «Jim-Jim» Botten.

«Jim-Jim» Botten era un tipo delgado, de casi seis pies de estatura, rostro afilado y ojos fríos. Sus brazos eran inusualmente largos y estaban rematados por tinas grandes manos velludas como

las de un mono.

Botten salió de la Central-Station con una pequeña maleta en la mano. Sus zapatos todavía conservaban polvo de Detroit.

Parpadeó bajo el sol y miró hacia Park Avenue. Hizo una mueca y echó a andar bamboleando el cuerpo como si no pudiera sostenerse sobre sus huesos.

Anduvo casi diez minutos alejándose de la estación. Entonces tomó un taxi, sacó un papel del bolsillo, leyó la dirección de un hotel de segunda categoría y ordenó al taxista que le llevara allí.

Recostándose en el asiento, se preguntó para qué clase de trabajo le habrían llamado.

Por supuesto, no cabía duda que se trataba de un «trabajo de pistola». El era un profesional de la pistola. Un auténtico profesional de la vieja escuela.

Nunca fallaba.

Podía alardear de una brillante «carrera» en su «profesión».

Dejó de preocuparse cuando el taxi se detuvo ante el hotel.

Flick Ozzie tampoco se preocupaba en absoluto de la política. Lo suyo era otra cosa.

Además, había llegado recientemente de Los Ángeles, de modo que para él todo el ajetreo electoral de Nueva York era algo así como un dolor de cabeza monumental, ni más ni menos.

Flick Ozzie fumaba un cigarrillo tras otro. Cuando estaba de humor solía decir que sólo gastaba una cerilla al día, porque después de encender el primer cigarrillo de la mañana, prendía los demás con la colilla del anterior.

Tenía un rostro cadavérico, unos ojos oscuros, inexpresivos y helados. Era de estatura mediana y vestía con los mejores trajes que podía procurarse, aunque solía escogerlos de colores tan chillones que dañaban la vista.

Sólo en determinadas ocasiones vestía discretamente. Tan discretamente que nadie que le viera pudiera recordar después el menor detalle de su persona ni indumentaria.

Ésa era una necesidad profesional. Pero, terminado el trabajo, de nuevo volvía a sus gustos chillones.

Flick Ozzie, no cabe duda, era un asesino consecuente.

Harry Klein tenía la piel tostada por el sol de Miami, tanto que

parecía mestizo. Sus ojos destacaban a causa del contraste, ya que los tenía pálidos y grandes.

Una cabellera revuelta y negra coronaba una cabeza grande y poderosa que se movía con cierta parsimonia.

Harry Klein era un entusiasta de su trabajo. Además, era poseedor de un carácter jovial que sólo dejaba de serlo cuando se metía de lleno en algún «encargo».

Tenía un cuerpo musculoso y duro. Era un nadador consumado, y en las playas de la dulce Miami causaba estragos entre las adorables mujeres que acudían a Florida en busca de emociones de toda índole.

Al lado de Klein no cabe duda que las encontraban, aunque fuera pagándolas a precio de oro.

Quizá porque Harry era un hombre acostumbrado a pasarse la mañana de casi todos los días tumbado en la arena caliente de Miami Beach, le disgustó Nueva York desde el momento preciso de su llegada al aeropuerto.

Tampoco le gustó que le dijeran en qué hotel debía alojarse, y todavía le gustó menos el hotel en sí porque no era de lujo.

Pero las órdenes eran tajantes al respecto, de modo que se instaló refunfuñando para sí y dejó pasar los días impaciente, dando largos paseos, asistiendo a sesiones de cine, buscando alguna chica de vez en cuando, y esperando.

Sobre todo, esperando.

No sabía qué, mas eso no importaba.

Todo lo que debía hacer era esperar.

Cuando sentía demasiada nostalgia de acción, sacaba su formidable automática calibre «45», la desarmaba, y pasaba horas limpiándola, engrasándola y volviéndola a montar.

La pistola calmaba sus nervios.

Era su herramienta de trabajo.

Joe Sader sí se había interesado algunas veces por la política, pero sólo en su aspecto productivo para sus intereses particulares, y, por supuesto, tan sólo en San Louis, de donde había llegado a Nueva York hacía escasos días.

Su interés por la política, o quizá fuera más propio decir que por los políticos, se había centrado siempre en lo que éstos podían representar para su «protección» personal.

Es al máximo que había llegado en lo tocante al aspecto político de sus actuaciones.

Pero el desatado ajeteo de Nueva York le dejaba indiferente. Para él, los políticos eran una molestia necesaria que era preciso soportar. Los soportaba cuando le interesaba, de lo contrario...

Bien, si alguien hubiera podido buscar en su pasado, tal vez hubiese sentido un escalofrío al ver que más de un hombre público había caído bajo las balas disparadas por Sader. Sentía cierto sadismo cuando se trataba de ellos y cumplía el «encargo» con particular esmero.

Joe Sader era más bien bajo y rechoncho, aunque poseía una rara agilidad de movimientos sorprendente. No destacaba en ningún aspecto físicamente. Cualquiera podía tomarlo por un funcionario modesto y sencillo, carente de ambiciones, resignado con su suerte mediocre.

Era una impresión engañosa, por supuesto. Tenía ambiciones, unas ambiciones concretas. Sólo que también era lo suficientemente inteligente para saber que sus anhelos tenían un límite, de modo que no se arriesgaba a rebasarlo.

Quizá por eso no había sido detenido más que dos veces en su vida, y de eso hacía ya tantos años que ni lo recordaba. Había veces que se preguntaba cómo era posible que, con un historial como el suyo, con todos los «encargos» importantes que había llevado a cabo, la policía no hubiera sospechado de él en absoluto. Nunca le habían molestado, después de sus dos tempranas experiencias con la parte dura de la ley.

Ahora mismo, mientras contemplaba Nueva York desde la ventana de su habitación del hotel, pensaba que hubiera sido divertido poder decirles a los polizontes quién era él, y qué clase de equipaje cargaba...

Un equipaje conteniendo un revólver de gran calibre y un rifle de repetición desmontable, equipado con mira telescópica, bien engrasado y listo para disparar.

Sólo faltaba que le dijeran contra quién.

Se lo dijeron aquella misma noche.

CAPÍTULO II

Existe un mundo sórdido, oscuro y viscoso en todas las grandes ciudades, y quizá el más sórdido de todos sea el de Nueva York, a causa del colosal desarrollo de la ciudad.

Es en ese ambiente donde corren rumores extraños, incomprensibles para un hombre cualquiera ajeno a ese mundo repelente. Rumores que nadie sabe de dónde proceden, ni quién los ha iniciado, si es que son iniciados por un tipo determinado. Sólo que muchas veces esos rumores son acallados apenas nacidos y nadie en absoluto vuelve a tener la osadía de ocuparse de ellos.

A excepción de los soplones.

Esos arriesgan el pellejo miserablemente casi por nada. Unas veces por obtener cierta inmunidad para sus propios y pequeños delitos. Otras, porque les pagan con unas monedas que indefectiblemente se convierten en *whisky* de mala calidad... Otras, en fin, porque es la única manera de que su abyecta necesidad de droga no se vea interrumpida de repente.

No resulta muy ético que la policía se sirva de ellos, pero no cabe la menor duda que sin la ayuda de esos parias de la sociedad, muchas de las noticias que sirven para mantener la ley y el orden, jamás llegarían a oídos de las autoridades.

Por esos extraños conductos fue por donde se filtró el rumor que motivó la reunión del teniente Samson con el fiscal Spring.

—No lo entiendo. —El fiscal estaba desconcertado—. Dando por sentado que sea cierto, teniente, ¿por qué demonios «importar» esa cantidad de pistoleros de toda la Unión?

—Eso no lo sé, pero parece que están llegando a montones. Hay confidente que opina que son ya diez o doce, otros sólo dan la cifra de siete u ocho... y parece que el flujo de asesinos no cesa. Alguien está interesado en reunir todo un ejército de pistoleros profesionales.

—Me preocupa mucho eso, Samson —confesó el fiscal—. Estamos en plena efervescencia electoral. Cualquiera que desencadene una batalla de *gangsters* ahora causará un daño irreparable a ambos partidos..., especialmente al que está en el poder.

—Tal vez no es una batalla de *gangsters* lo que se está cociendo. Esos tiempos pasaron a la historia. Más bien creo que algún cabecilla del hampa pretende demostrar a otros lo grande que es su poder... No es más que una idea, señor, ¿comprende?

—Pudiera ser, aunque no me convence. Mantenga los ojos muy abiertos, teniente, y trate de localizar a todos esos tipos, estén donde estén. Quiero que los mantengan vigilados las veinticuatro horas del día. Emplee a cuántos hombres crea convenientes y manténgame informado regularmente.

—Conforme, aunque no va a ser fácil dar con el paradero de todos ellos.

—Los confidentes podrán ayudarle mucho si les aprieta las clavijas.

Samson esbozó una sonrisa. Después, abandonó el despacho. Parecía muy cansado.

Pero se hubiera sentido peor de saber que aquella misma noche se cursaría la primera orden de ejecución para uno de los asesinos profesionales, aunque no iba destinada a terminar con nadie importante.

El propio Joe Sader se quedó rígido cuando oyó las instrucciones por teléfono. Consideró que era una humillación haberlo traído desde San Louis para una tarea tan ridículamente sencilla.

Como cada noche, salió del hotel, se dirigió a una cabina telefónica callejera y justo en el momento que el reloj señalaba las nueve y media llamó a un número que había aprendido de memoria.

La misma voz de siempre respondió.

—¿Sader?

—¿Quién otro?

Era la respuesta correcta. La voz desconocida dijo:

—Mañana «trabajarás», Joe. Por la noche.

—¿Dónde y cómo?

—Presta atención y apréndelo todo de memoria porque no

quiero que tomes nota alguna. Pero antes observa si alguien espera para utilizar el teléfono. Si es así cuelga y vuelve a llamar cuando el otro termine.

Joe Sader dio un vistazo fuera de la cabina. No había nadie.

—Adelante —dijo.

—Bien; Duane Street. Es una calle cercana a la Chambers, junto a los muelles del río Hudson.

—Duane Street —repitió Sader—. Lo recordaré.

—El número veintiséis es una casa de cuatro plantas, vieja, con parte de la fachada de ladrillo rojo.

—Veintiséis... ladrillo rojo. No puedo equivocarme.

—Segundo piso. La segunda ventana contando a partir de la izquierda. Está justo encima de la plataforma de escape. El interior es un dormitorio.

—Está bien, está bien. —Se impacientó Joe—. Siga.

—La casa de enfrente es el número veintiuno. El segundo piso pertenece a dos muchachas que trabajan de coristas en un *cabaret*, de modo que está desocupado desde las ocho aproximadamente. Irás allí a las nueve. Recibirás un sobre con una llave de la puerta. Bien, todo lo que tienes que hacer es matar a la mujer que verás en la ventana del segundo piso del número veintiséis. Utiliza un rifle con silenciador y asegura el tiro.

—No necesito que me den lecciones. —Gruñó Joe—. ¿Todo lo que espera de mí es que despache a una mujer?

—Ni más ni menos. Verás que es una mujer de unos cuarenta años. Vive sola, y a menos que decida cambiar de costumbres entre hoy y mañana, se acuesta alrededor de las diez.

Joe Sader no daba crédito a sus oídos.

—De modo que me ha hecho venir desde San Louis sólo para liquidar a una tipa de cuarenta años... ¿Se está burlando de mí?

—Limítate a cumplir lo ordenado, Joe. Desde la ventana podrás ver perfectamente la de enfrente. Aunque ella corra los visillos, suele tener la luz encendida, de modo que no ofrecerá mayores dificultades.

—Cualquiera creería que está tratando usted con un novato. Está bien, ¿qué hago después del «trabajo»?

—Te vuelves a San Louis por tren. Allí encontrarás la paga estipulada.

—Bueno, que me ahorquen si...

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó. Joe Sader salió de la cabina, encendió un cigarrillo y volvió al hotel.

Apenas si podía creerlo. ¿Es que en Nueva York no había nadie capaz de llevar a cabo una tarea tan estúpidamente sencilla?

Ridículo.

Otro de los canales que recorrían los rumores subterráneos de los más bajos estratos de la nación, tenía su terminal en cierto negocio de mala muerte establecido en un semisótano. No había allí nada ni nadie importante, pero el propietario era un viejo judío, encorvado y con un cráneo pelado, capaz de dejarse cortar una mano por un puñado de monedas.

Y todos los meses recibía algo más que un puñado de billetes sólo por tener los oídos abiertos.

Era como si las tres bolas tradicionales que colgaban sobre la puerta de su tienda de empeños fueran una sensible antena, capaz de captar hondas que ningún aparato creado por la mente del hombre pudiera recibir jamás.

Esos rumores pasaban regularmente a oídos de alguno de los miembros de un grupo casi desconocido en todo el país. Un grupo de hombres capaces de jugarse la vida con la sonrisa en los labios y matar con la misma frialdad que encenderían un cigarrillo.

Sólo que los personajes que caían bajo sus ataques eran la hez del mundo. Asesinos, traidores, violadores y explotadores de unas leyes demasiado débiles para ajustarles las cuentas.

Batallas secretas, una especie de guerra sorda que cuando estallaba duraba apenas unos segundos. Pero en los cuales la muerte hacía acto de presencia y se llevaba su botín de sangre.

Y el rumor que llegó hasta ellos aquella noche fue suficiente para que los dos que lo recibieron sintieran una corriente helada en sus entrañas, algo que nunca antes habían experimentado.

Ambos comprendieron que, por primera vez en la historia del grupo conocido por LOS JUSTICIEROS, el crimen se había convertido en algo personal, algo que cuando llegase a oídos de Frank Carella desencadenaría en éste todo el dolor del infierno al devolverlo a un pasado que no había podido olvidar.

CAPÍTULO III

Johnny Rugolo arrojó la colilla del cigarrillo y rehuyó la brillante mirada de Carella, quien al entrar al apartamento se había detenido en seco, sorprendido por la actitud de sus dos compañeros.

—Bueno, ¿qué demonios pasa?

Peter Brett se rascó la nuca. Su voz no resultó muy segura cuando gruñó:

—Tenía la esperanza de que no vinieses esta noche...

La mirada de Frank pasó de uno a otro cargada de recelo. Repentinamente, avanzó y preguntó, tenso:

—¿Le ha sucedido algo a Lin?

—Burke está perfectamente, Frank. No se trata de eso.

—Bien, ¿de qué entonces? Demonios, esa actitud es ridícula.

Johnny dijo:

—Creo que será mejor hablar con toda claridad, Peter.

Éste asintió.

—Sí —murmuró—, pero díselo tú.

Cada vez más perplejo, Carella dio muestras de impaciencia.

Johnny Rugolo carraspeó antes de hablar.

—Tómalo con calma, Franky. Es una noticia sin confirmar todavía. Incluso es posible que sea un rumor falso...

—¡Con un demonio! ¿De qué estás hablando?

—De Nelson Collier.

Fue como si Frank Carella se convirtiera en un hombre distinto al solo influjo de ese nombre. Su rostro se demudó adquiriendo la palidez de la muerte. Sus ojos grises, acerados, se convirtieron en bloques de hielo tan brillantes que daban escalofríos. Su cuerpo de coloso se tensó como un cable de acero presa de una súbita rigidez.

—Johnny... —balbució.

—Parece que ha llegado a la ciudad... no estaba muerto como creías, aunque ahora usa otro nombre.

Carella realizó un titánico esfuerzo por dominarse. Avanzó despacio hasta situarse junto a Rugolo.

—¿Quién ha traído la noticia?

—El viejo Dachs nos ha pasado el soplo. Es en relación con esa concentración de *gangsters* que están llegando de unos días a esta parte. Collier es uno de los concentrados, aunque ahora bajo el nombre de Flick Ozzie.

De repente, las manos de Frank comenzaron a temblar violentamente. Las unió con furia y sus dedos crujieron.

—No es posible —musitó—. Collier murió... fue el único que quedó en el coche cuando éste se hundió en el mar..., los otros lograron saltar a tiempo y los cacé a tiros, pero él se hundió..., no puede haber vuelto, ¿entiendes? ¡No puede haber vuelto!

—Tómalo con calma, muchacho. Lo comprobaremos —prometió Johnny en voz débil—. Le he pedido a Dachs que trate de saber dónde se aloja ese Ozzie.

Poco a poco, Carella se hundió en una butaca. Los otros dos cambiaron una mirada de inteligencia y se abstuvieron de abrir la boca.

Frank abatió la cabeza. Por un instante pareció que iba a cubrirse la cara con las manos, pero se detuvo a mitad del movimiento y se quedó mirándolas como si fueran las de un extraño. Luego, las juntó otra vez y se quedó inmóvil, absorto.

Tumultuosamente, el pasado acudía a él con tanta violencia como la erupción de un volcán. Dormidas sensaciones, relegados recuerdos, se agolpaban en su mente todos a la vez.

Veía de nuevo los cuerpos sin vida de las dos mujeres..., la sangre como un mar que creciera y creciera ante sus ojos amenazando con anegarlo por completo... y los rostros torturados por el horror de la muerte, y la desnudez mancillada de ella..., de la que fue su vida...

No era posible que volviera uno de los asesinos. Estaban muertos. Todos estaban muertos. Ellos habían cambiado el rumbo de su vida, convirtiéndole en el implacable jefe de LOS JUSTICIEROS. Cayeron uno tras otro, en la más salvaje persecución de toda la historia del crimen...

—No lo creo —susurró.

Se levantó de un brinco. Rugolo dio un paso hacia él.

—¿Llegaste a ver a Collier cara a cara, Frank? —preguntó.

—Lo vi sólo un instante...

—¿Crees que podrías reconocerlo?

—No me cabe la menor duda. Recuerdo cada uno de aquellos rostros malditos con todo detalle. Los veo cada noche, y cada instante del día... están siempre ante mis ojos aunque hayan muerto...

—Calma. Dachs nos llamará cuando sepa el escondrijo de esa rata. Iremos a hacerle una visita y podrás comprobar qué hay de verdad en eso.

Frank movió la cabeza, como aturdido. Sostuvo la mirada de Rugolo unos instantes antes de decidir:

—Iré yo, Johnny... Si se trata de Collier me pertenece a mí.

—Espera un minuto. No puedes ir solo, Frank..., estás demasiado furioso para que reacciones como es debido en un caso de apuro.

—Es mío —repitió—. Tú no sabes...

—Sabemos lo que hicieron todos ellos, Frank. No tienes necesidad de torturarte más...

—No... hubo uno que tardó en morir..., habló un poco... Confesó que fue Collier quien atacó a mi...

Su voz se extinguió, pero no era necesario que terminase. Sabían sobradamente que se refería a su esposa, destrozada aquella noche, años atrás...

Peter Brett refunfuñó:

—Callate, Johnny. Si quiere ir solo sabes de sobra que no le acompañaremos. Déjalo en paz.

Cuando Frank miró de nuevo a su alrededor se encontró solo en la estancia. Los otros habían entrado en una habitación. Les agradeció ese gesto y volvió a sumirse en sus recuerdos, complaciéndose casi en el dolor que le inundaba, un dolor que no había conseguido aplacar con los años.

Su madre y su esposa..., las dos mujeres que tanto te habían dado, a las que tanto había amado...

Y el hijo que ella llevaba en las entrañas cuando fue bestialmente asesinada...

Su propio hijo.

Tres crímenes.

Y ahora...

Descolgó el teléfono y disco el número del judío.

Escuchó los repetidos timbrazos. Se disponía a colgar cuando oyó la voz del viejo. Casi gritó:

—¿Sabe quién le habla?

—Seguro. ¿Sabe usted? Muchas veces me pregunto quién y cómo es usted..., sólo conozco su voz. Me intriga.

—¡Al infierno con eso, Dachs! ¿Ha averiguado dónde está Collier?

—¿Quién? Ahora se hace llamar Ozzie.

—¡Está bien, llámele como quiera!

—¿Qué creen que soy, una máquina computadora? Todo lo que he averiguado hasta ahora es que se aloja en un hotel. Espero saber en cuál antes del amanecer. ¿Es tan urgente?

—Quiero saberlo en una hora, Dachs...

—Pero...

—¡En una hora! Si no lo consigue haré que le arranquen la piel a tiras. Y no volverá a ver un céntimo nuestro, por supuesto.

Ese último razonamiento pareció causar más efecto que el primero.

—Lo intentaré..., pero no le aseguro nada. Es muy difícil, ya sabe cómo son esas cosas...

—Una hora —repitió.

Colgó el teléfono. Instintivamente, encendió un cigarrillo y midió la estancia a grandes zancadas, de un lado a otro, como un león enjaulado.

Casi deseó que fuera cierto que Collier estuviera vivo realmente. Y que se encontrara en la ciudad.

Sería como matarlo dos veces... y merecía morir mil veces más y ni así podría pagar el daño causado...

El tiempo transcurrió con desesperante lentitud. De vez en cuando, Frank oía las voces cuchicheantes de sus compañeros en la otra habitación.

Sintió tentaciones de llamarlos y de hablar con ellos.

Necesitaba aliviar la terrible tensión de su espíritu; no obstante, calló y siguió esperando, con un cigarrillo tras otro, pensando...

Odiando.

De repente, el timbre del teléfono le hizo dar un respingo.

—¡Hable!

La voz del viejo judío le llegó nítida, aunque titubeante.

—Todavía no lo sé, señor —dijo—. Pero suceden cosas muy raras... Ese Ozzie de que le he hablado, ¿no era hermano de «Potter» Collier?

—Efectivamente. Pero «Potter» murió en un atraco hace once años por lo menos. ¿A qué viene eso?

—No lo sé. Ni lo saben los confidentes, señor. Pero otro de los que tomaron parte en aquel atraco fue Jake Shott, ¿recuerda?

—¿Y qué? Es Collier quien me interesa...

—A eso voy; parece que alguien vio a una mujer que fue la chica de Shott por aquellos tiempos. Nadie había vuelto a saber nada de ella desde entonces, pero hace unos días fue vista en la calle Chambers... Es como si los viejos volvieran a levantar cabeza.

Frank trató de hallar una relación entre una cosa y otra, pero desistió del empeño.

—Todo eso no me in...

—¡Un momento, tengo un aviso! Volveré a llamarle, señor.

Se cortó la comunicación. Al depositar el auricular en el soporte, Carella advirtió que sus dos amigos estaban otra vez cerca de él, escuchando muy interesados.

—¿Algo nuevo? —indagó Brett.

—No... Dachs está dando palos de ciego.

Volvió a sonar el teléfono apenas dos minutos después. La voz del judío dijo:

—Quizá no le importe, pero la mujer se llamaba Kitty Chaney. Vive en el veintiséis de Duane Street, pero va a mudarse. Ha prosperado repentinamente.

—Mire, Dachs, esa mujer fue la amante de uno de los componentes de la banda que asaltó un camión de Correos. Por el solo hecho de que un hermano de Collier formase parte de la banda no es suficiente para que ahora vuelvan a estar relacionados. Han pasado unos once años de todo aquello.

Dachs suspiró ruidosamente a través del auricular.

—Muy bien, seguiré intentándolo. Pero cuando empiezan a surgir tantas coincidencias, algo huele mal. Lo que se prepara debe ser grande, sin duda alguna.

Colgó.

Carella hizo lo mismo, pensativo. Quizá el viejo prestamista no estuviera equivocado por completo. Podía haber algo detrás de las coincidencias que estaban produciéndose, algo relacionado con Ozzie, o Collier, según su verdadero nombre.

Frank se levantó de un brinco.

—No espero más —exclamó—. Uno de vosotros debe quedarse al lado del teléfono por si Dachs llama para darnos el nombre del hotel de Collier.

—Yo me quedaré —se ofreció Peter. Bien, en ese caso, tú, Johnny, averigua todo lo que te sea posible sobre un atraco cometido hace unos once años o poco más. Una pandilla asaltó un camión de Correos o algo así. Sé que el asalto fracasó, recuerdo que leí algo de eso en aquella época, pero entonces no me interesaba particularmente por el crimen. Ahora puede ser importante saberlo. ¿Entiendes?

—No creo que resulte difícil desenterrar eso. Lo haré esta misma noche. Pero ¿qué te propones hacer tú?

—Sólo una visita. Volveré lo antes que pueda. Cuidado con el teléfono, Peter.

Éste asintió. Johnny y Carella salieron como si alguien les persiguiera.

Peter Brett pensó que alguien debería poner al secretario de Justicia en antecedentes de lo que sucedía. Seguro que no le gustaría nada que armase un embrollo semejante sin su consentimiento...

CAPÍTULO IV

La mujer que le franqueó la entrada tendría sus buenos cuarenta años. Carella apreció en un instante los detalles reveladores de una belleza marchita. Era indudable que aquella mujer había sido hermosa en otro tiempo.

—Necesito hablar con usted —dijo—. No la molestaré más de unos minutos.

—Pase.

Entró y ella cerró la puerta. Se encontró en una habitación que hacía las veces de comedor y cocina. No había comodidades, y menos lujo.

—Usted es Kitty Chaney —empezó.

—Sí. ¿Y usted?

—Mi nombre es Carella. Deseo hacerle unas preguntas sobre unos viejos amigos suyos...

—Yo no tengo amigos. Ya no.

—Pero los tuvo.

—Hace tanto tiempo que ya no los recuerdo.

—No puede haber olvidado a Jack Shott.

Ella desvió la mirada.

—Prefiero no recordarlo. Era un salvaje.

—¿Era?

—Bien, supongo que sigue siéndolo...

—¿Dónde está?

Ella le dirigió una mirada fugaz.

—Supongo que en la cárcel. Fue al único que cogieron cuando el atraco. Le condenaron a veinte años.

—¿Y los otros?

—Murieron. Pero todo eso salió en los periódicos. ¿Por qué viene a preguntármelo a mí?

—Tal vez porque usted es un testigo de excepción.

—¿De algo que sucedió hace once años? No sea iluso. Todo está olvidado, muerto. La vida sigue, ¿no lo sabía usted?

—Seguro. ¿Qué le pasó a un tipo llamado «Potter» Collier? Formaba parte de la pandilla entonces.

Ella le volvió la espalda.

—Fue muerto por la policía cuando trataba de escapar. El y otro intentaron huir con el botín, creo... El otro lo consiguió.

—Bien... «Potter» tenía un hermano..., un tal Nelson Collier. ¿Lo conoció usted?

—No. Ni siquiera sabía que existiera.

Las esperanzas de Carella se desplomaron de golpe. Ella volvió a enfrentarse con él. Le espetó:

—Oiga, son más de las once... Por regla general acostumbro meterme en la cama a las diez. Esta noche me he entretenido más de la cuenta con la televisión pero ahora quiero acostarme. Si no le importa...

—No hemos terminado todavía.

—Yo creo que sí.

—Mire, soy un tipo comprensivo, pero no me ponga a prueba. Cuando hago preguntas quiero respuestas. Me quedan algunas para formularle todavía.

—No tengo más que decir. No tiene nada contra mí ni usted, que no sé qué demonios es, ni la policía. No pueden molestarme.

—Eso queda por ver. He oído decir que ha adquirido una repentina prosperidad. Incluso va a mudarse de apartamento... Tal vez no le gustaría que alguien investigara el origen de esa prosperidad.

Posiblemente comprendió que había dado en el blanco. Todavía no sabía en qué clase de blanco, pero ella acusó el golpe palideciendo intensamente.

—¡No tiene derecho...! —empezó, pero calló de golpe.

—Dejemos los derechos a un lado. Hay cosas más importantes de qué hablar...

Fue interrumpido por el estrépito de la puerta. Se movió como una centella, girando al tiempo que, instintivamente, se llevaba la mano bajo la americana.

Vio cómo la puerta se abría violentamente bajo el empuje de los dos hombres. Los dos llevaban sendos revólveres en las manos.

Entraron dando traspiés por el empuje del impacto.

La mujer comenzó a chillar como una loca y echó a correr. Carella saltó a un lado cuando uno de los asaltantes logró recuperar el equilibrio, buscándole con su revólver.

Nunca llegó a disparar. La «Magnum» 389 de Carella rugió estruendosamente y una bala blindada atravesó el pecho del pistolero, arrojándolo contra la pared. Se deslizó por ella con una mirada de estupor en su cara pálida.

Todavía le metió otro plomo porque el *gángster* estaba intentando disparar antes de morir. No lo consiguió porque su cabeza estalló contra la pared, donde se hundió la bala después de atravesarla.

El otro fue tomado de sorpresa por la muerte de su compañero, pero actuó con celeridad. Disparó y su bala rozó los cabellos de Frank cuando éste se dejaba caer de costado. Eso le salvó la vida.

Rodó desesperadamente, mientras otra bala le buscaba.

Disparó a su vez, sólo para obligar al otro a adoptar precauciones y desperdiciar así unos segundos, los únicos que necesitaba.

De repente se encontró junto a la mesa. Se detuvo en sus violentos movimientos y de nuevo apretó el disparador de la potente automática una y otra vez.

Vio cómo el hombre se llevaba las manos al estómago, dejando caer el revólver. Una bala le atravesó ambas manos cuando éstas ya se habían unido sobre la primera herida. El asesino se desplomó de rodillas. Frank cesó de disparar, impresionado por la resistencia del individuo.

Éste levantó la cabeza. Estaba muerto y lo sabía, y en su mirada se reflejaba todo el terror del mundo. Abrió la boca, barbotó unas palabras incomprensibles y, finalmente, despacio, se dobló hacia delante y cayó de bruces.

Carella se irguió. Vio a la mujer acurrucada en el suelo, en un rincón. Temblaba y sollozaba y sus ojos desorbitados parecían los de alguien que hubiese perdido la razón.

—Ya pasó. —Trató de animarla—, pero puede que haya algún otro matarife esperando en un coche, o en la escalera. ¿No hay otra salida de esta ratonera?

—La escalera de incendios... ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque iban a matarnos, y porque todavía no he terminado las preguntas con usted. Vamos.

Ella abrió una puerta. Era un dormitorio y había la luz encendida. La mujer se precipitó hacia la ventana. Descorrió los visillos sueltos y abrió.

Entonces ella levantó los brazos y giró trágicamente sobre sí misma. No llegó a exhalar ni un suspiro. Cuando tocó el suelo estaba muerta.

Estupefacto, Carella se dejó caer de rodillas a su lado. No había escuchado ningún estampido, ni había podido alcanzarla desde la calle a causa del ángulo de tiro...

No obstante, había un gran boquete en el pecho de Kitty. Borbotones rojos empapaban sus ropas.

Comprendió que alguien acababa de disparar desde la casa de enfrente, probablemente con un rifle provista de silenciador.

Retrocedió y apagó la luz de la habitación. Volvió junto a la ventana y atisbo.

Se oían silbatos de frenéticos policías, pero la calle estaba desierta. Frank calculó que todos se dirigirían a la entrada delantera de la casa. No tenían ninguna razón para sospechar que a través de la ventana acababa de cometerse un asesinato.

De modo que saltó a la plataforma metálica protegido por la oscuridad. Durante unos fugaces segundos pensó en el tirador emboscado. Podía probar fortuna nuevamente contra él, pero después calculó que el criminal estaría poniendo pies en polvorosa a aquellas horas.

Descendió apresuradamente, procurando evitar el ruido.

Nadie le cerró el paso.

CAPÍTULO V

El secretario de Justicia de Estados Unidos empujó nerviosamente sus gafas sin montura sobre el puente de la nariz. Tras esto, escrutó el rostro tenso de Frank Carella. No pareció gustarle mucho lo que veía.

Ninguno de los otros componentes de aquella especie de escuadra suicida conocidos por LOS JUSTICIEROS despegó los labios.

La voz del secretario se elevó con un tono agudo.

—Resumiendo —dijo—; usted mató a dos hombres cuando ellos intentaron asesinar a la mujer con la cual estaba hablando. ¿Es así?

—Exacto.

—No obstante, ella fue muerta posteriormente por un tercer pistolero ante sus propias narices. Me pregunto...

—Fue inevitable —rezongó Carella—. El tipo estaba apostado en la casa de enfrente. Disparó desde una ventana con un rifle de gran precisión, equipado con silenciador.

—Convengamos que fuese inevitable. Lo que considero inaudito es que usted iniciara un asunto como éste sin advertirme siquiera. No quiero ni pensar en lo que habría sucedido si la policía metropolitana le hubiera encontrado en el lugar de los hechos... Hay veces que me avergüenzo de ocupar el puesto que... Bien, eso no importa ahora. ¿Qué endiablado asunto es ése tan importante que le obligó a usted a emprender esa campaña particular?

—El asunto puede considerarse también particular, señor.

El hombre de aspecto distinguido suspiró ruidosamente.

—Un asunto particular que, hasta el momento, ha costado tres vidas...

—Costará una más, señor.

La seca interrupción le dejó mudo. Frank Carella, erguido, sereno, soportó el basilisco de aquellos ojos como si la cosa no fuera

con él.

Cuando recobró la voz, el secretario gruñó:

—¿Se refiere a la suya tal vez?

—Eso es algo que tiene que suceder un día u otro, pero ahora no me refería a mí. Usted sabe cómo empezó todo esto, los motivos que tuve para abandonar mi carrera de abogado y dedicarme a imponer la justicia con las mismas armas que los pistoleros y asesinos que, por aquel entonces, dominaban la mayoría de resortes del país...

—Bien, no comprendo qué tiene que ver una cosa con otra.

—Nelson Collier está en la ciudad, señor.

—Bueno, ¿y quién...? ¡Cielos! ¿Se refiere a...?

—Justamente, señor.

—Pero... es inaudito. Usted mismo me informó de todo aquello..., todos ellos murieron.

—Por lo visto, Collier se salvó después que el coche se hundió en la bahía. Es la única explicación que se me ocurre. Tengo que encontrarlo, señor. Espero que lo comprenda.

Tras unos instantes de silencio, los ojos tras las gafas adquirieron una expresión azorada.

—¿Qué relación supone usted que había entre Collier y esa mujer que mataron?

—No lo sé. Tal vez ninguna. Pero ella fue la amante de un componente de la pandilla del hermano de Collier. Tenía la esperanza de que pudiera informarme de algún dato importante.

—Ya veo... Ahora, ¿qué opina se esconde detrás de esa llegada de pistoleros en gran escala?

—No tengo material alguno para opinar.

—¿Cree que los que usted mató, y el que consiguió eliminar a la mujer, eran algunos de esos recién llegados?

—Podiera ser, aunque eso lo sabremos cuando la policía haya identificado los cadáveres. No les será difícil por cuanto eran profesionales.

—Lo que me desconcierta es la manera como actuaron. Nunca había oído nada igual. Si había un tirador apostado, con un buen rifle en las manos, ¿para qué mandar a los otros dos? Porque éstos actuaron con toda la brutalidad posible, ¿no es cierto?

—Ya le he contado cómo entraron.

—Es absurdo.

—He pensado mucho en eso, señor. Incluso lo hemos discutido con los muchachos. Nuestra opinión es que no actuaban juntos. El del rifle ignoraba que otros dos asesinos iban a tratar de matar a la mujer, y, así mismo, ellos no sabían una palabra del tirador apostado. Tiene que ser así, de lo contrario demostrarían una estupidez congénita.

—Lo que quiere decir es que hay dos pandillas, o dos organizaciones distintas, ambas ansiosas por terminar con la mujer. Pero ¿por qué motivos? No pueden tener los mismos si se trata de dos pandillas rivales.

—No sabemos si son rivales o no, pero estoy seguro que se trata de dos cabezas distintas las que dispusieron que Kitty Chaney fuera eliminada.

El secretario de Justicia lo pensó un par de minutos, pero acabó abandonando el intento de comprender el desconcertante comportamiento de los criminales abatidos por Carella.

Éste añadió:

—A juzgar por los informes que hemos recibido, cabía pensar que entre la llegada de Collier y los demás, y un atraco cometido hace once años, existiera cierta relación, pero Rugolo ha investigado aquel caso y parece que está todo en regla al respecto.

El hombre se ajustó otra vez las gafas, que se habían deslizado por su nariz, y miró a Johnny interrogadoramente. Éste dijo:

—Fue un caso corriente, señor, excepto en la cuantía del botín que pensaban obtener; dos millones de dólares. Pero el golpe fracasó. Hubo una traición al parecer, y la policía cayó sobre los asaltantes en el momento en que éstos llevaban a cabo el golpe. Hubo un tiroteo. Casi todos los asaltantes murieron a manos de la policía. Dos trataron de escapar con el botín, pero uno de ellos cayó acibillado antes que pudiera subir al coche. El otro logró recorrer dos manzanas y finalmente se estrelló contra la barrera establecida por los coches-patrulla. Murió también...

—No veo qué relación puede haber entre una cosa y otra. ¿Recuperaron el botín?

—Hasta el último centavo.

—¿Hubo supervivientes entre los pistoleros?

—Sólo uno, señor; un tal Jack Shott. Fue sentenciado a veinte años de prisión.

—¿Vive todavía?

—No lo sé. Ese Jack Shott fue el amante de Kitty Chaney precisamente.

Carella intervino:

—¿Crees que pudo estar resentido contra ella hasta el punto de ordenar matarla?

—¿Después de once años? Si fuera así lo hubieran hecho mucho antes. Además, no olvidemos que hubo dos facciones en el asalto. Aunque una de ellas obedeciera órdenes de Shott, ¿a quién obedecía la otra parte?

—Desconcertante —masculló el impecable secretario—. Presumo que este asunto va a complicarse bastante más todavía antes que la ley consiga poner a buen recaudo a toda esa legión de forajidos.

—Quizá nosotros podamos ayudar, señor —aventuró Carella.

—Entiendo que lo único que persigue usted en este caso, Frank, es capturar a ese Collier del demonio...

—Si él está relacionado con lo otro, no nos importará echar un vistazo.

—Oficialmente, no. —Rebatió el hombre, preocupado—. La policía metropolitana es demasiado susceptible. Armarían un escándalo.

Peter Brett comentó entre dientes:

—Desde que regresamos de Europa que estamos inactivos..., estamos perdiendo la práctica, señor.

—¿Qué práctica?

Sólo obtuvo un gruñido por respuesta. Sonrió. Al fin dijo:

—Collier es cosa suya, Frank... Por supuesto, sí mientras lo busca tropieza con el motivo que ha traído a ese ejército de asesinos profesionales a la ciudad... bien, no creo que podamos impedir que se compliquen un poco las cosas.

—Gracias, señor.

—Pero quiero discreción, ¿entienden? Absoluta discreción.

Lin Burke, que había estado dando incesantes paseos de un lado a otro como de costumbre, se detuvo en seco.

—Utilizaremos silenciadores, señor. —Gruñó, sarcástico—. No hay nada más discreto.

—¡No quiero saber qué infiernos de artilugios emplearán! —

estalló el secretario, perdiendo la compostura por primera vez—. Ya saben lo que quiero decir. Buenas noches, señores. O quizá sería más apropiado decir buenos días.

Abandonó el apartamento como si tuviera una cita importante en alguna otra parte.

Rugolo comentó:

—Cualquier día le va a dar un ataque de apoplejía.

—Yo creo que es un candidato para úlcera de estómago.

Carella hizo un ademán de impaciencia.

—Quiero saber todo lo posible sobre el atraco de hace once años. ¿Sigues encargándote de eso, Johnny?

—Muy bien.

—Averigua también qué se hizo de Jack Shott, si está en la cárcel, o si salió en libertad provisional o vigilada, y si es así entérate de su actual paradero. Si está en la calle ha de presentarse cada mes, de modo que será fácil localizarlo. ¿De acuerdo?

—Okay.

Peter Brett se quitó el cigarrillo de los labios.

—¿Hay algo para nosotros, muchacho? —preguntó.

—Desde luego... Tú puedes ocuparte de bucear en la vida de Kitty Chanel. Me interesan los últimos años, quizá desde la fecha del frustrado asalto hasta hoy.

—No creo que sea muy difícil.

—Tú, Lin —prosiguió Carella—, vas a ocuparte de una tarea un tanto ingrata, pero eres el que «mejores» relaciones tiene en los bajos fondos. Ocúpate de husmear todo lo que puedas sobre esos forasteros recién llegados. ¿Comprendido?

—Seguro. Mis «relaciones sociales» son la flor y nata, ya lo sabes.

—Seguro —replicó Rugolo—; la flor y nata del estercolero.

Carella esperó que hubieran salido antes de dejarse caer en una butaca con gesto cansado. Encendió un cigarrillo y lo consumió como si tuviera mucha prisa por terminarlo. Tras éste encendió otro.

Descolgó el teléfono y marcó el número de la casa de empeños.

No obtuvo respuesta.

Colgó, impaciente y contrariado.

Volvió a intentarlo quince minutos y tres cigarrillos después.

El judío tampoco respondió. Ahogó un juramento y dejó el teléfono, levantándose de un salto.

Por la ventana, las primeras luces del alba rozaban las cúpulas de los edificios.

Salió. Sólo pensaba en el instante en que podría enfrentarse cara a cara con Collier...

CAPÍTULO VI

Se detuvo cerca de los escalones que bajaban hasta la entrada de la mísera tienda. La calle estaba desierta a tan temprana hora. Algunos coches se alineaban a lo largo de la acera.

Frank Carella conocía bien el terreno que pisaba porque, antes de confiar en el judío, había realizado una investigación a fondo sobre él y su género de vida.

En consecuencia, descendió los peldaños pisando como un gato, pero no se detuvo ante la puerta de cristales, sucios y tras los cuales se amontonaban toda clase de objetos, sino que siguió por la especie de pasillo subterráneo hasta una puertecita de madera deslucida. Junto a la puerta, se iniciaba la escalera que conducía al interior del edificio desde el sótano. Se sorprendió un tanto al ver que las dos estaban abiertas.

Se internó con cuidado en la tienda, procurando esquivar los cachivaches apilados desordenadamente. Vio el resplandor de una luz al fondo, por debajo de los pesados cortinones que separaban la trastienda. Al acercarse allí oyó una voz bien timbrada.

—Eres un hermoso problema, muñeca. —Escuchó—. Nunca debiste ser tan curiosa..., porque en mi trabajo los problemas se eliminan de manera definitiva.

Le pareció que sólo respondía un ahogado sollozo. La voz dura del hombre repitió:

—Lástima..., tú y yo hubiéramos podido entendernos muy bien en otras circunstancias...

Carella avanzó los pasos que le separaban de los cortinajes descoloridos y atisbo por una pequeña abertura. Lo que vio casi le hizo dar un salto.

Caído en el suelo, cubierto de sangre y con el rostro tumefacto, el viejo judío estaba tan inmóvil como un cadáver. No obstante, Carella advirtió que vivía gracias a su espasmódica respiración.

Junto al caído, un hombre alto y recio, de cuello de toro y rostro en el cual la brutalidad sólo tenía cabida en los ojos, miraba con el ceño fruncido a una muchacha de unos veinticinco años, que se apretaba contra la pared como si quisiera huir a través de ella.

Era una joven rubia de ojos pardos y brillantes, enturbiados entonces por el terror. Su boca era de dibujo perfecto, turgente y húmeda. Tenía el pelo largo y suave y le caía en cascada sobre un lado de la cara. Su cuerpo era el de una mujer en su plenitud, maravillosamente moldeado, con senos pequeños y erguidos, cintura delicada y caderas que seguramente no medirían más de un centímetro que su busto.

Carella la estuvo observando mientras ella contemplaba aterrada al hombre que la amenazaba con un estilete. Era la imagen del patético miedo que invade hasta la última fibra del ser humano.

El hombre fuerte volvió a hablar de aquella manera un tanto gangosa:

—Lástima..., debiste permanecer en tu cama soñando con un amante en lugar de bajar a meter la nariz donde no debías...

Avanzó un paso. Ella se apretaba los puños contra la boca.

Carella empuñó su «Magnum», apartó la cortina y saltó al interior de la trastienda.

—¡Alto ahí, hijo de perra, suelta el hierro!

El matón giró como una peonza. Pareció dispuesto a atacar al intruso, pero la vista de la poderosa automática, o quizá al advertir la frialdad de muerte que se desprendía de Carella, dejó caer el cuchillo y permaneció quieto.

—¿Dachs?

La voz pareció revivir al judío, que empezó a rebullir. Un largo gemido escapó de sus labios.

—¿Por qué le han hecho eso?

El pistolero se encogió de hombros.

—No me pregunte. No sé nada. No diré nada.

—Cambiarás de parecer, bastardo... ¿Quién es usted, pequeña?

La muchacha, todavía bajo los efectos del terror, silabeó:

—Me llamo Iris Renton...

—Está bien, Iris, hablaremos después. Ahora apártese de aquí... Póngase cerca de la cortina.

Se deslizó pegada a la pared, mirando asustada al pistolero.

Dachs comenzó a levantarse. Fue un proceso laborioso debido a que sus fuerzas apenas le ayudaban. La sangre chorreaba de su rostro destrozado. Sollozaba igual que un niño.

Carella encajó las mandíbulas con salvaje furor.

—¡Vuélvete de espaldas!

El asaltante obedeció. Conocía cuándo tenía una oportunidad y cuándo no. En aquellos instantes sabía que sólo el espesor de un cabello le separaba de la muerte y empezaba a tener miedo. Había algo en el hombre de la pistola que infundía escalofríos. Permaneció muy quieto mientras era despojado de su «Colt» automático del 45. De poco le había servido esta vez.

Carella volvió a retroceder cuando le hubo desarmado.

—Media vuelta, hijo de perra.

Harry Klein, el pistolero de Miami, giró sobre los talones. Repitió:

—No sé una palabra. Recibo órdenes por teléfono.

—Si eso es cierto lo lamento por ti. ¿Cómo se siente, Dachs?

El judío tragó el llanto. El pañuelo con que restañaba la sangre de su cara estaba rojo.

—Muy mal..., ¿quién es usted? Bueno, no importa; sea quien sea ha llegado a tiempo...

—¿No reconoce mi voz al natural?

Dachs se olvidó de la sangre, del pañuelo y hasta del hombre que había estado torturándolo.

—¡Usted! —jadeó.

—¿Por qué le ha rajado la cara?

—Quería saber quién me pagaba para averiguar lo de Collier.

Los músculos de Carella dieron un tirón. ¡Siempre el nombre fatídico!

—De modo que era eso...

—Se han enterado que yo quería averiguar el paradero de Nelson Collier. Este criminal ha venido..., pero yo no podía decírselo porque no lo sabía..., sólo el teléfono.

—¿Y se lo ha dado?

—Sí..., lo siento, de veras, pero ya no podía resistirlo más.

Los dientes le chirriaron cuando los apretó. Hizo una mueca que puso hielo en las venas del criminal.

—La curiosidad mató al gato... y va a matarte a ti, bastardo.

Su voz semejó un chirrido. El pistolero comprendió que no tenía esperanza alguna.

La «Magnum» 389 era como un *bazooka* apuntado a su barriga. No tenía ni una oportunidad.

Frank se dirigió de nuevo a la muchacha.

—Iris...

—Dígame.

—¿Dónde vive?

—Arriba..., en el piso. He oído un grito y he bajado por la escalera interior. Ese hombre me ha sorprendido..., he visto lo que hacía con el pobre Dachs... Ha sido horrible...

—Bien, será peor lo que le haré a él. Ahora vuelva a su piso y enciérrese. No diga una palabra a nadie hasta que yo suba a hablar con usted. ¿Conforme?

—Sí, pero ¿no deberíamos llamar a la policía?

—Considere que yo soy la policía. No se inquiete por ese motivo.

Ella hundió sus ojos en las pupilas color de acero de aquel hombre que la dominaba con su sola presencia. Susurró:

—Le esperaré...

Retrocedió sin dejar de mirarlo. Luego, apartó la cortina y desapareció. Sus pasos se escucharon cuando empezó a subir las escaleras rápidamente. Luego, todo volvió a quedar en silencio.

Carella sacó un largo silenciador de fabricación especial. Con un solo movimiento estuvo acoplado al cañón de la potente pistola. Una sonrisa helada distendió sus labios cuando dijo:

—Tal vez pienses que vas a escapar de ésta, matón, pero déjame decirte que hubiera sido mejor para ti haberte dejado aplastar por un camión... ¿Cómo te llamas? ¿Dónde está Collier y quién te ha ordenado torturar a ese viejo?

—Demasiadas preguntas a la vez. De todos modos no voy a responder ni una sola.

Apenas había terminado de hablar cuando la automática pareció brincar en la mano de Frank. El sonido que produjo fue tan débil como un soplo de aire gracias al perfeccionado silenciador.

Pero la carencia de ruido no impidió que la gruesa bala astillara la rodilla derecha del pistolero, derribándolo violentamente contra la pared.

Klein comenzó a aullar y a golpear el suelo con los puños a

impulsos del terrible dolor que le ardía en la pierna. Frank le descargó un golpe con la culata, ordenándole:

—¡Cierra el pico o te vuelo la cabeza!

El pistolero de Miami levantó la cara. Estaba chorreando sudor, y el dolor distendía sus facciones en una desagradable mueca.

—¡Maldito sea, no puede hacer eso! Usted ha dicho que es policía... Le expulsarán del cuerpo por lo...

—Si yo fuera policía, bastardo, estaría muerto haría muchos años. Tienes muchos más lugares vulnerables en tu cuerpo sin que mueras por un balazo más o menos. Empecemos otra vez. ¿Cuál es tu nombre?

—Klein... Harry Klein.

—¿Forastero?

—De Miami...

Dachs gruñó entre gemidos:

—Es uno de los «importados», señor...

—Eso resulta interesante, Klein. —Gruñó Carella—. ¿Quién te ha hecho venir desde Miami?

—No lo sé. Me dijeron que viniera aquí y esperase. Bueno, lo hice. Yo no hago preguntas.

—¿Quién te ordenó eso?

—La «organización».

—¿Qué organización, el *Sindicato*?

—Ellos controlan Miami. Los hoteles, el juego... No conocemos a quien está arriba, sólo obedecemos órdenes.

Frank conocía lo suficiente del mundo del hampa para saber que eso podía ser cierto.

—Bien, ¿cómo recibes órdenes aquí?

—Por teléfono... Oiga, mi rodilla... ¿Por qué no llama a un doctor? No esperará que me desangre...

—¡Al infierno con tu rodilla! ¿Dónde está Collier?

—No sé de quién me habla... ¡Le juro que no conozco a ningún Collier en la ciudad!

El dedo índice de Frank se puso lívido al presionar el disparador.

—Tienes otra rodilla, Klein —masculló.

—¡No dispare!

Dachs terció:

—Quizá conoce a Collier por el nombre que utiliza ahora: Flick

Ozzie...

Klein negó enérgicamente.

—Tampoco. Pero he oído hablar de él. Es uno de Los Ángeles...

—Ahora está aquí, lo mismo que tú y otros. ¿Por qué?

—¡No lo sé! ¿Cree que nos dicen cuáles son los planes de la «organización»?

—No, supongo que no... ¿Qué te ordenaron por teléfono, matar a Dachs?

—Sí...

—Repite las palabras.

—¿Qué?

—Las palabras que ha utilizado tu comunicante. Una a una.

—No sé..., no recuerdo exactamente...

—O recobras la memoria o pierdes la otra rodilla, Klein. Elige.

—¡Maldito sea usted! ¿Qué clase de tipo es? Y ahora que se me ocurre... ¿Para quién trabaja?

Carella apretó las mandíbulas.

—Si lo supieras empezarías a temblar. ¡Vamos, esas palabras!

Klein realizó un esfuerzo y empezó a recitar:

—«Hay un soplón llamado Dachs que está haciendo preguntas respecto a un tal Collier, Irás a verlo y le obligarás a decirte quién le ha mandado buscar a Collier. Después, mátalo». Eso es todo... Me dio la dirección y colgó. No desperdician palabras.

Gimió. El dolor de su pierna rota estaba a punto de acabar con su resistencia. La sangre saltaba a borbotones de la tremenda herida, pero no impresionaba a Carella en absoluto. El también había visto saltar la sangre a borbotones, una sangre querida...

—¿Crees que podrás deshacerte de él, Dachs? —preguntó de repente.

Los ojillos del judío relampaguearon de odio.

—¡Por supuesto! Pero no me lo deje suelto... es demasiado fuerte...

—No me interesa que vuelva a interferir en nuestros asuntos, Dachs.

Todo el odio acumulado en el esmirriado pecho del judío pareció saltar de sus pupilas en un torrente incontenible.

—Jamás volverá a torturar a nadie... déjemelo para mí... y algunos conocidos que me ayudarán.

—¿Quién es la chica que estaba aquí?

—Una vecina. Muy buena... suele interesarse a veces por si necesito algo. Sabe que vivo solo.

—¿Y ella, con quién vive?

—Desde que murió su madre, hace más o menos un año, sola también.

—Ya veo... ¿Tienes algo importante que decir, Klein?

—¡Maldita sea! No puede dejarme en manos de ese viejo... Me hará pedazos.

—Qué es exactamente lo que le estabas haciendo tú a él. ¿Alguna noticia que ofrecer a cambio de tu miserable pellejo?

—¡No sé nada! ¿Por qué no me cree? ¡No puedo decirle nada más!

Carella se encogió de hombros. Apenas había terminado el movimiento cuando le descargó un culatazo que lo abatió igual que *** NO HAY ***apuntillada.

—Así no te opondrá dificultades, Dachs. Y busca alguien que te cure la cara. Tiene muy mal aspecto...

—¿No va a tenerlo? Me ha arrancado pedazos de carne con su maldito cuchillo...

Frank abandonó la trastienda, salió al rellano exterior y empezó a subir la escalera que conducía al interior del edificio.

CAPÍTULO VII

La muchacha no podía apartar la mirada de aquel rostro fascinante. Percibía la tormenta que latía bajo el mirar acerado, pero se daba cuenta que había algo más profundo y doloroso bajo aquella capa de rudeza.

—Le he dicho todo lo que sé. A veces bajo a ver al anciano Dachs. Está muy solo, ¿entiende? Suelo traerle la compra. El mismo cocina y lava la ropa, pero se olvida a menudo de adquirir alimentos.

—¿Y esta noche?

—He oído un grito del viejo. Se me ha ocurrido que quizá se encontraba mal, o se había caído... He bajado, y al llamarlo desde la tienda, el hombre del cuchillo me ha obligado a callar... Luego, he visto cómo le torturaba... Creí volverme loca. Ese hombre... iba a matarme a mí también. Lo ha dicho...

—No podía dejarla viva porque usted hubiera podido identificarlo.

—¿Qué hará usted con él, va a detenerlo?

—Algo así, no se preocupe. Nunca volverá a molestar a Dachs ni a usted.

—Pero usted no es policía..., no se comporta como uno de ellos...

—Bien, digamos que éste es un asunto secreto, tan importante que se necesita alguien más efectivo que la policía para resolverlo. Y es por eso que he querido hablar con usted.

—No comprendo...

—Debe guardar silencio sobre lo que ha visto esta noche. No podrá hablar de eso con nadie... Con nadie en absoluto. ¿Entiende ahora?

—Creo que sí.

—No se trata sólo de que nos convenga a nosotros el secreto de

todo lo que está sucediendo, sino por su propia seguridad. Podría verse en graves apuros.

—No hablaré con nadie sobre eso. Pero ¿y Dachs? Necesita que le atiendan..., que le curen las heridas del rostro.

—El encontrará quien lo haga con absoluta discreción, sin que hagan preguntas embarazosas. Dachs tiene «relaciones» muy comprensivas.

El leve matiz de ironía obligó a la muchacha a esbozar una sonrisa.

—¿Sabe usted? —dijo—. Siempre pensé que el viejo ocultaba algo importante. No sé por qué razón, pero le encontraba misterioso y escurridizo. Incluso alguna vez, al entrar yo, se apresuraba a colgar el teléfono y trataba de disimular su nerviosismo...

—Es usted muy perspicaz, niña. ¿Estamos de acuerdo ahora?

—Sí, pero me gustaría saber cuál es su nombre. Le debo la vida, ¿recuerda?

Frank sonrió forzosamente.

—Carella —murmuró—. Frank Carella.

Ella encendió un cigarrillo con dedos que temblaban. Por entre el humo miró directamente al hombre que tenía ante sí, erguido en toda su impresionante estatura, recio como una mole de granito. Trató de captar el significado de la extraña mirada de aquellos ojos color de acero y se estrelló contra un muro impenetrable.

—Frank Carella —dijo suavemente—. Nunca olvidaré su nombre. ¿No quiere decirme quién o qué es usted?

—Es preferible para usted ignorarlo. Sea buena chica y deje de ocuparse de cosas que pueden resultar peligrosas. Y ahora debo marcharme.

Ella esbozó un ademán de protesta.

—Ni siquiera le he ofrecido una bebida... Por favor, ¿un *whisky*?

—Está bien, gracias.

Ella corrió a prepararlo. Cuando volvió traía los dos vasos y después de ofrecerle el suyo a Carella brindó en silencio. Bebió un sorbo.

El dijo:

—¿Trabaja usted?

—¿Y qué remedio? Estoy empleada en las oficinas de «Erikson y

Duane», de publicidad.

Frank bebió la mitad del *whisky*. Casi podía leer los pensamientos de la muchacha. Se dijo que era muy hermosa, demasiado para vivir sola... Se vería en dificultades muy a menudo.

Repentinamente, ella repitió como si hablara para sí:

—Le debo la vida...

—No se preocupe por eso. He tenido la suerte de llegar a tiempo.

—Pero él iba a matarnos, a Dachs y a mí. Y usted no le tenía miedo a ese hombre.

—Mi oficio es no tener miedo a tipos semejantes precisamente, de modo que no tiene mérito alguno. Y ahora, si no le importa...

Apuró el resto del licor y dejó el vaso sobre una mesita. Cuando se irguió tropezó con los grandes ojos pardos fijos en él.

—¿Volveré a verle alguna vez? —susurró la joven.

—Es posible.

—Pero usted no dará ni un paso porque eso suceda, ¿no es así?

Frank sonrió. Inició la retirada hacia la puerta.

—Suelo estar muy ocupado... y viajo mucho. No sé si la suerte volverá a cruzar nuestros caminos.

—Entiendo..., entonces...

Lentamente, le echó los brazos al cuello, deteniéndole. Carella ahogó un juramento. Después, ella susurró:

—Sólo para darle las gracias por lo que ha hecho por mí...

Tiró de él hasta que sus labios se encontraron. Primero fue un beso de tanteo, como si ella tratara de valorarlo. Luego, cobró súbita vida y estalló en una mezcla de suavidad y violencia, como si detrás de la caricia se ocultara una furia pronta a desatarse.

Se separaron a los pocos segundos, y a pesar de la brevedad del estallido él se conmovió más de lo que hubiera querido, y ella quedó quieta, con el rostro sonrojado y los ojos brillantes y lánguidos.

—Adiós, Frank...

El titubeó.

—Adiós, Iris.

Abrió la puerta y salió.

Rugolo era el único que estaba en el apartamento cuando Frank

abrió la puerta con su llave y entró.

—Tú dijiste algo de casualidades cuando has salido de aquí, ¿no es eso? —Gruñó Johnny.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Tenemos otra enquistada en este asunto. Frank dejóse caer en una butaca. Buscó maquinalmente un cigarrillo y tras encenderlo miró a su compañero en espera de más aclaraciones.

Rugolo explicó:

—He desempolvado todo el caso del atraco al camión de Correos, de hace diez años o poco más. Bueno, el asunto quedó totalmente aclarado en aquellas fechas. Fue un golpe preparado por una mente genial. Todo estaba calculado al segundo, ya sabes: una especie de «operación comando», al estilo militar. No podía fallar. El botín se elevaba a algo más de dos millones de dólares.

—¿Y bien?

—Fracasó a pesar de su perfección. Hubo una delación, ¿entiendes? Alguien habló más de la cuenta, y la policía metropolitana, en combinación con los oficiales de la fiscalía, tendieron una trampa mortal para los atracadores. Hubo una verdadera batalla en la que dos policías resultaron heridos, pero los asaltantes murieron todos a excepción de Jack Shott. Éste se limitó a cubrirse, pero no disparó contra la policía. No obstante, el fiscal consiguió para él una condena de veinte años. Sacó a relucir sus antecedentes y resultó que era reincidente por décima vez. Había sido condenado anteriormente, de modo que no tuvo escapatoria.

—¿Dónde está ahora?

—Nadie lo sabe.

—¿Qué?

—Salió al cumplirse diez años de su condena. Está en libertad bajo palabra desde hace cinco meses...

—Entonces, ha debido presentarse cada mes a la comisión, de modo que deben conocer su paradero.

—No se presentó ni una sola vez. Tan pronto salió del penal se esfumó completamente.

—Eso merece ser analizado con cuidado, Johnny... Pero todavía no he visto la coincidencia de que hablabas.

—Ahí va:. El fiscal que consiguió la condena de Jack Shott, y cuyos investigadores lograron cazar a los atracadores con las manos

en la masa, era Simón Rawlins.

—¿El candidato a la gobernaduría?

—Justamente. El actual candidato a gobernador. Por aquel entonces era el fiscal y empezaba su carrera. Por lo que he averiguado, tuvo una larga serie de éxitos durante su actuación al frente de la fiscalía. Eso fue lo que le abrió las puertas de la carrera política.

—Comprendo.

—Según los periódicos de la época, cargan en su cuenta todo el éxito de la operación contra los atracadores.

—De eso debió cuidarse él —rezongó Frank—. Esos hombres piensan únicamente en una dirección: su carrera política. Cada detalle que puede ayudarles lo publican a grandes voces. Bien, no cabe duda que su trayectoria ha sido ascendente desde entonces. Pero eso no nos lleva a ningún sitio. ¿Se sabe quién dirigía la pandilla que asaltó el furgón de Correos?

—Era el mismo que planeó el asunto. Jack Shott lo confesó ante el jurado. «Potter» Collier era el jefe.

—Ya veo...

—Murió en la refriega, pero debía ser un tipo muy listo para planear un asalto perfecto como aquél. Únicamente falló con sus colaboradores porque hubo uno que le traicionó sin duda alguna.

—Jack Shott tal vez.

—¿Por qué él?

—Porque todos los demás murieron. Lógicamente, el traidor debía saber que el asalto fracasaría, de modo que todo su interés se centraría en mantenerse a cubierto de la tormenta.

—Tal vez, pero si fue él no comprendo cómo le condenaron a veinte años, Frank. Su delación debió haberle servido de atenuante y no fue así.

—Eso es cierto. Incluso es posible que hubiese conseguido la libertad vigilada desde el primer momento, actuando como testigo de cargo... Es un buen embrollo. Pero que no nos lleva a dónde deseo llegar.

—¿No has averiguado todavía el paradero de Nelson Collier?

—No. Es más, han tratado de asesinar a Dachs precisamente porque insistía en saber eso...

Le contó escuetamente lo sucedido. Rugolo gruñó:

—Eso demuestra que, sea lo que fuere, está cociéndose algo muy grande. Esa llegada masiva de matones debe tener preocupada a la policía...

—No deben ser los únicos. Apuesto que los jerifaltes del crimen locales tampoco duermen tranquilos...

—¿Quieres decir que se trata de arrebatárles el terreno?

—No lo sé, pero sí estoy seguro que todo esto se ha organizado a espaldas de ellos. Además, hay que contar con las dos facciones que trataron de matar a Kitty Chaney por separado...

—No he podido olvidar esto ni un minuto. Demasiado enredo, Frank. ¿Qué demonios estarán tramando?

—No lo sé, pero apostaría que, sea lo que fuere, está relacionado con las elecciones. Es sintomático que hayan empezado a moverse cuando faltan tan pocos días para los comicios.

—No voy a discutir eso, Frank..., te cedo el honor de aclararlo, si puedes.

Se echó atrás en la butaca. Carella acabó el cigarrillo y lo aplastó en el cenicero. Después cerró los ojos y trató de reflexionar sobre las posibles conexiones del despliegue de pistoleros, el asesinato de Kitty, y el paradero de Nelson Collier.

El hombre al que debía matar por segunda vez.

CAPÍTULO VIII

De nuevo estaban los cuatro reunidos en el apartamento que les servía de cuartel general. Frank Carella había estado dormitando a intervalos, pero se encontraba perfectamente despejado para asimilar toda clase de informes.

Peter Brett dijo:

—La policía ha identificado a los dos pistoleros que mataste, Frank. Pertenecían al hampa local. Muy conocidos.

—¿Para quién trabajaban?

—Eso no está muy claro. Parece ser que «trabajaban» por su cuenta. Ya sabes la clase de matones que son; atracos de poca monta, algún que otro asalto y, cuando alguien les paga lo suficiente, liquidan a cualquiera sin preocuparse en absoluto.

—Ya imaginaba algo semejante. ¿Qué hay de Kitty Chaney?

—De eso se ha encargado Lin. El te contará. Pero antes, ¿qué te parece que haga yo?

—Sigue con lo de esos dos tipos. Averigua qué relaciones eran las tuyas, con quién se entrevistaron últimamente y, si alguien lo sabe, trata de averiguar si obtuvieron «el encargo» de matar a Kitty por medio de algún jerifalte o fue un acuerdo privado directamente entre ellos y el que les pagó.

—*Okay*, eso no va a ser una tarea fácil.

Carella se encaró con Lin Burke. Éste dijo:

—Kitty Chaney era una mujer del montón. Vivía sola desde hace muchos años, en el anonimato. Era conocida en algunos bares de mala fama, donde cazaba a los «primos», pero no tenía amistades entre las otras chicas del mismo oficio. Parece que era muy retraída. Hasta hace poco.

—¿Qué quieres decir con eso de: «hasta hace poco»?

—Justamente eso:. De unos días a esta parte había cambiado. Se permitía el lujo de mandar al diablo a los tipos que trataban de

acercársele, se había comprado vestidos nuevos y se disponía a cambiar de apartamento. Tenía alquilado uno en la «52» que, comparado con el que ocupaba, era un palacio.

—Total, había obtenido dinero abundante.

—Ni más ni menos.

—¿De dónde?

—Eso no hay nadie que lo sepa, al parecer.

—¿De cuándo databa esa súbita prosperidad?

—No he podido averiguarlo con exactitud, pero parece ser que la cosa comenzó hace quince o veinte días.

—¿No antes?

—Seguro que no. Extremando las opiniones que he recogido, podemos calcular un mes como máximo.

—No encaja...

—¿Qué es lo que no encaja?

Carella sacudió la cabeza.

—Estaba pensando que quizá volvió a unirse con Shott cuando éste salió del penal, o quizá le estaba haciendo víctima de un chantaje... pero Shott salió a la calle hace cinco meses. Ella no habría tardado tanto en darle el zarpazo.

—Además, Frank, Shott no debe ser la clase de tipo capaz de dejarse exprimir con un chantaje. No hubiera pagado ni un centavo desde el principio. Y ella había cobrado ya, puesto que manejaba dinero abundante. La policía encontró más de mil dólares en el apartamento.

—Ya veo... Habrá que buscar por otro lado.

—¿Alguna noticia de Collier? —preguntó Lin Burke.

—Todavía no...

—Y Dachs, ¿no ha obtenido resultados?

Carella levantó la cabeza. Gruñó:

—Lo único que ha obtenido es una cara hecha trizas.

—¿Cómo?

Les contó también su aventura en la tienda de empeños del judío. Después añadió:

—Hay alguien metido en este asunto que no conocemos y cuyos tentáculos se extienden por todas partes, alguien capaz de enterarse cuando Dachs intenta averiguar el paradero de uno de los pistoleros «importados».

Brett, a quien lo sucedido con el anciano confidente había impresionado, gruñó:

—Me gustaría saber lo que hará Dachs con su atacante...

—Te apuesto que el tipo aparecerá flotando en el río... si no le han añadido un lastre. Ojalá le arrojen al agua vivo —terminó Rugolo piadosamente.

Carella se desentendió de los burlones comentarios.

Trató de ver un resquicio de luz en las tinieblas del misterio que les ocupaba, pero su esfuerzo resultó inútil.

Dijo, de mal talante:

—Nos estamos complicando la vida investigando cosas que sucedieron hace once años, y no avanzamos un paso en lo que realmente me interesa, que es el paradero de Nelson Collier. Hay que encontrarlo, muchachos.

Johnny asintió con un gesto:

—Voy a dedicarme a recorrer hoteles. —Gruñó—. Debe haberse inscrito con su nombre actual, Flick Ozzie. Veré qué consigo.

—Me parece bien —resolvió Carella—. Lin puede ocuparse de eso también, mientras Peter sigue la pista de los dos pistoleros muertos.

El teléfono les interrumpió. Frank lo tomó y oyó la voz de Dachs al otro extremo del hilo.

—No recuerdo si le he dado las gracias por lo que ha hecho, amigo —dijo el judío—; de todos modos, se las doy ahora...

—Olvidelo. ¿Qué ha hecho con nuestro común amigo?

—Podemos decir que ha emprendido un largo viaje. No volverá a molestarnos, señor.

—Bien, eso es cuenta suya. ¿Por qué ha llamado?

—De nuevo tengo un informe que no sé si tiene valor o no... También está relacionado con el atraco de hace años.

—Siempre vamos a parar a lo mismo. ¿Ninguna noticia de Collier?

—En absoluto. No puedo moverme con la misma soltura de antes, usted sabe... He decidido tomarme unas vacaciones hasta que todo esto haya terminado... Cuestiones de salud.

—Lo comprendo. Veamos qué tenía que decirnos.

—Supongo que ya sabe usted que Kitty fue asesinada...

—Sí.

—Bueno, pues lo que he oído está relacionado con ella. Y, tal como le dije, todo parece girar en torno a los tipos del atraco. Kitty estuvo hablando con otra fulana metida en el negocio, aunque indirectamente.

—¿De quién se trata?

—De la que fue «chica» de «Potter» Collier. Estuvieron juntas hace dos o tres semanas.

—No veo que eso nos sirva de mucho, pero lo investigaremos. ¿Dónde estará usted por si le necesito, Dachs?

—Tengo una pequeña cabaña en las montañas, cerca de un lago. Iré a refugiarme allí hasta que pase la tormenta. No podría resistir otra experiencia como la que usted ya conoce.

—Me parece una actitud muy sensata, Dachs... ¿Dónde vive esa ex «chica» de «Potter»?

Anotó la dirección que el judío le dictó y tras esto colgó el auricular. Pensativo, comentó:

—Quizá Jack Shott pensó que ése sería un buen escondite...

—¿Cuál? —indagó Lin Burke.

—El domicilio de la ex amiga de «Potter». Iré a echar un vistazo.

La dirección que le diera el viejo le llevó a Brooklyn, a una calle tranquila poblada de chiquillos enzarzados en un simulacro de batalla de *gangsters*.

Era una casa de dos plantas, encajada entre otros edificios más altos y nuevos. No obstante la edad, la casa estaba bien cuidada en su aspecto exterior.

Subió los pocos peldaños que conducían a la entrada y llamó al timbre.

La mujer que apareció al abrirse la puerta tendría los mismos años que tenía Kitty al morir, aunque la que ahora tenía delante había sabido cuidarse mucho mejor.

Conservaba la prestancia de un cuerpo bien formado, de curvas descaradas puestas de manifiesto en los menores detalles de su atuendo. El rostro, carente de expresión y de inteligencia, era de suave óvalo, aunque el rictus de la boca denotara cierta dureza.

Algunas finas arrugas que no lograba disimular delataban el paso de los años.

—¿Es usted Glenda Breed? —preguntó, tocándose el sombrero.

—Sí, pero le advierto que si vende algo pierde el tiempo, y me lo hace perder a mí.

—No vendo nada, sólo deseo hablarle.

—Eso no da dinero, lo siento.

—¡Un momento!

Ella hizo ademán de cerrar la puerta. Frank introdujo primero el pie para impedirlo, y después empujó hasta colarse al interior.

—Sea más hospitalaria, Glenda... ¿Con todo el mundo es tan arisca?

—Sólo con los desconocidos y entrometidos. No me gusta su manera de comportarse. Salga de aquí.

—Cuando haya terminado de hablar tal vez me vaya. Entre tanto, es mejor que sea usted un poco más amable. He venido a hablarle de Jack Shott, y de «Potter» Collier... y de su amiga Kitty.

La vio palidecer. Se dio cuenta que miraba a su alrededor como si se sintiera acorralada y tratara de encontrar un lugar por donde escapar.

—Todo esto pertenece a mi pasado —murmuró—. No quiero revivirlo.

—Tonterías. No creo que el hablar de ese pasado la afecte en absoluto. No es usted del tipo de mujeres impresionables. ¿Sabe que Jack salió del penal hace cinco meses?

—Sí...

—¿Vino a verla él, o cómo se enteró?

—Yo... Jack estuvo aquí. Luego se marchó y ya no he vuelto a saber una palabra de él.

—¿Sabía también que «Potter» tenía un hermano?

—Sí... me lo dijo poco antes de su muerte, aunque nunca he visto a Nelson... Me dijo que se llamaba Nelson.

—En efecto, así se llama. ¿Está segura que Jack se marchó después de esa visita?

—¡Naturalmente que estoy segura! ¿Qué pretende? Si es policía, dígalo y acabemos.

—No tan rápido. ¿Le importaría que diera un vistazo a su apartamento?

—¡Claro que me importaría! No le permitiré que meta las narices en mis cosas.

—Puedo conseguir un mandamiento judicial y entonces no

podrá negarse, Glenda.

—¡Ande, vaya a buscarlo y pruebe! ¿Por quién me ha tomado? Sé cuáles son mis derechos y si cree poder asustarme con un mandato de registro está listo.

—Yo no pretendo asustarla, Glenda...

—¿No?

—Porque ya lo está. Usted tiene miedo. Sólo falta saber de qué.

—¿Miedo yo? Si no fuera porque odio que me molesten en mi propia casa diría que es usted divertido. ¿De qué voy a tener miedo?

—No lo sé, pero puede ser a causa de Jack Shott.

—Otra estupidez. Jack no...

—Déjalo, querida —intervino una voz seca—. Yo me encargaré de este preguntón.

Carellaladeó la cabeza. Vio a un hombre de unos cuarenta años, delgado, con una palidez inconfundible en su rostro. También sus manos eran muy blancas.

Pero eso no le impedía empuñar con firmeza un revólver de cañón recortado.

—Jack Shott, supongo —dijo Carella con calma.

—Ése es mi nombre. ¿Cuál es el suyo?

Pasando por alto la pregunta, Frank se acercó al bandido ignorando abiertamente la amenaza del revólver.

—Quería verle a usted, Shott —dijo—. Pero no creí que fuera tan idiota.

—Va usted a encontrarse con algo que no le gustará...

—Un estúpido, Shott. —Machacó Carella, implacable—. Está en libertad vigilada, y no se ha presentado ni una sola vez. Y, por si eso no fuera suficiente, va por ahí amenazando a la gente con ese petardo. Los dos son motivos más que sobrados para que regrese al penal hasta terminar su condena. Y creo que quienes violan la confianza que se depositó en ellos lo pasan muy mal.

—No necesita decirme cómo se trata a los presos en la cárcel. Lo he experimentado sobre mi propia piel. Pero juré que no volvería a dejarme encerrar, así que si es preciso silenciarle a usted...

—Tonterías, Shott. Tendrías que matar también a esta mujer, porque ella sería un testigo primordial para la acusación. No escaparías de la silla eléctrica.

—Bravatas.

—Mira, no me importa un bledo si te presentas a la comisión o no. Lo único que quiero es que me aclares algo respecto a Collier.

Shott se quedó unos instantes sin habla. Luego, masculló:

—Collier murió en el asalto por el que me condenaron...

—Yo busco al hermano de «Potter», no a tu compinche.

—¿Al hermano?

—Seguro. Y no me salgas ahora con que no sabías que tu ex jefe tenía un hermano.

—Claro que lo sabía, pero nunca llegué a conocerlo.

Frank trató de discernir si el tipo le mentía o no. Pero el rostro del ex asaltante era una máscara inexpresiva a través de la cual era inútil tratar de pasar.

Tras ese silencio, Shott, siempre blandiendo su revólver, preguntó a su vez:

—¿Qué interés es el suyo en este asunto? Las cosas sucedieron hace tantos años que ya están olvidadas.

—No todas. Y sigues sin entenderme. Lo que pasó en el atraco no me interesa. Todo lo que yo quiero es echarle la vista encima al hermano de tu ex jefe, Nelson Collier, aunque ahora usa otro nombre. Todo lo demás, incluyendo lo que hagas fuera de la cárcel, no me quita el sueño.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene usted contra él?

En lugar de responderle, Carella dijo:

—Quizá te has puesto en contacto con él, Shott, aunque sólo sea para recordar los viejos tiempos... y si es así vas a pasarlo muy mal, a pesar de tu revólver.

—No he visto a Collier. ¿Por qué cree usted lo contrario? Todo lo que quiero es que me dejen en paz, ¿entiende?

—Presumo que vas a tener mucha más paz de la que puedes desear, amigo, porque cuanto más tiempo pasa más convencido estoy de que escondes algo en la manga, y si ese algo está relacionado con Collier caerás con él.

—Me asusta... ¿no ve cómo tiemblo? —Shott trató de echarse a reír, pero la cosa quedó en intento porque estaba demasiado nervioso. Había algo en el visitante que le erizaba el pelo. Tal vez fuera su mirada helada, o la calma de su voz... Shott no habría podido decir exactamente qué era, pero tenía la sensación de que la

proximidad de Carella le recordaba la muerte.

Era como si quien tuviera el revólver en la mano fuera el desconocido y no él.

—Ya he perdido demasiado tiempo contigo. Sigues siendo un pobre desgraciado, Shott.

—¡Un momento!

Frank se encaminó a la puerta. Miró un instante a la mujer y una vez más comprendió que estaba mortalmente asustada.

Detrás suyo, el pistolero gritó:

—¡Si trata de salir le meteré una bala, maldito sea!

—¡No, Jack, aquí no...!

La voz de Glenda se extinguió como si hubiera perdido el aliento.

Carella abrió la puerta, dio un vistazo final al desconcertado Shott y salió, cerrando con calma.

Respiró profundamente al verse en la calle. Por un instante, creyó que el ex asaltante iba a cumplir su amenaza, pero necesitaba impresionarlo para el futuro...

O quizá había deseado impresionar a Glenda, cuyo miedo podía ser una baza digna de jugarse más adelante.

Entró en su coche y se alejó de la casa.

CAPÍTULO IX

Se estaba celebrando un desfile electoral. La propaganda estaba en todo su apogeo y el desfile semejaba un loco carnaval.

Carella detuvo el coche, fastidiado por la interrupción. Vio los enormes cartelones que ondulaban por encima de la vociferante muchedumbre. Todos llevaban la efigie de Simón Rawlins, el candidato y ex fiscal.

Aprovechó la forzosa parada para reflexionar sobre Shott y todo lo demás. No había sacado nada de la entrevista, sólo meterle el miedo en el cuerpo y conocer a Glenda. Ésta era una mujer todavía espléndida, con demasiado miedo. Comenzó a pensar que habría que hacer algo con ella.

Un grupo de muchachas se detuvo junto al auto y le prendió un botón metálico en la solapa. En él había una pequeña fotografía del candidato. Se alejaron riendo y alborotando. Frank se quitó la insignia y la arrojó a la calzada.

Encendió un cigarrillo. Vio que el desfile se alejaba. Los coches reanudaban la marcha. Presintió que esas elecciones iban a ser mucho más complicadas de lo que los periódicos daban a entender, gracias a la concentración de pistoleros que estaban llegando...

Fue al pensar en los matones profesionales que se le ocurrió la idea.

Tan pronto pudo sacar el auto del gigantesco embotellamiento, lo condujo lo más rápidamente que pudo hacia el sur de Manhattan. Si había alguien en la ciudad que pudiera saber qué estaba cociéndose en el mundo del crimen, ese alguien sería Big Willie.

Big Willie era un tipo al que ya había utilizado en algunas ocasiones, aunque bien es verdad que contra la voluntad del interesado. Se dedicaba a vender informaciones al mejor postor. No discriminaba a su clientela, con tal de que le pagaran.

Big Willie se consideraba a sí mismo una especie de industrial

del soplo. Cada uno vende lo que posee. Su mercancía eran informes.

Lo encontró en sus dominios, un *cabaret* de mala muerte donde el *strip-tease* había sido reducido a lo que de sórdido tiene ese arte.

Era un tipo rechoncho, con cara de luna, ojillos astutos y de mirar huidizo. Tenía un cráneo pelado en forma de cepillo y en general su aspecto era cómico e inofensivo.

Frank Carella sabía que de inofensivo no tenía más que la apariencia.

—No has cambiado mucho en todo el tiempo que llevaba sin verte, Willie —dijo, acercando una silla y sentándose a la mesa del confidente.

Éste no pareció alegrarse de la visita. Tampoco hizo nada para disimular sus sentimientos.

—Usted me trae la negra, amigo. —Gruñó—. Nunca he podido saber para qué departamento trabaja. Incluso le pregunté a un polizonte amigo mío y no sabía una palabra... ¿no resulta gracioso?

—No.

—Usted no tiene sentido del humor. Yo, Big Willie, el hombre que todo lo sabe, y nunca he podido averiguar quién es usted.

—Por el momento, soy *míster dinero*.

—No necesita tarjeta de presentación. Al grano, ¿cuánto?

—Depende de lo que me digas.

—Ni hablar de eso. Yo fijaré el precio cuando sepa qué quiere.

—Primero, ¿has oído hablar de un tipo llamado Nelson Collier?

—No, ni una palabra. Empezamos mal esta noche.

—Quizá lo conozcas bajo el nombre que usa ahora: Flick Ozzie.

—Ése es un matón de la Costa.

—Pero que ahora está en la ciudad. Hay una especie de convención nacional de pistoleros. De eso quiero que me hables.

Big Willie dio un respingo. Miró a su alrededor, pero nadie les prestaba atención. Algunas parejas se apretujaban descaradamente en la pequeña pista de baile. Otras estaban en las mesas, y a juzgar por sus actitudes y proximidad debían estar hablando de algo muy importante.

Una orquesta desafinada se apiñaba sobre un ridículo estrado.

—Doscientos, amigo —espetó el soplón.

—¿Doscientos dólares por algo que no sé si me interesará? Tú

estás loco, Willie.

—Es demasiado arriesgado. Me había prometido a mí mismo no tocar este asunto en absoluto. Pero usted es un caso especial... Doscientos y le diré todo lo que se rumorea y lo que sé al respecto.

—Está bien, pero si es algo sin interés te haré comer los billetes. Adelante, Willie.

—¿Trae el dinero o no?

—Cualquier día alguien te arrancará la lengua y la pondrá a secar al sol...

Frank sacó un fajo de billetes, separó cien y los dejó sobre la mesa, diciendo al mismo tiempo:

—El resto cuando hayas hablado.

Big Willie dio un zarpazo y el dinero desapareció de la vista.

—Bien, tal como usted ha dicho, están llegando matones de todas partes. Del Oeste, del Sur, de todo el país... Son profesionales que trabajan en bandas dependientes de las organizaciones del crimen.

—Todo eso ya lo sé. ¿Quién paga por traerlos aquí?

—Eso nadie lo sabe, pero al parecer el tipo que ha organizado esa concentración no paga un centavo. Le prestan los pistoleros como un favor especial.

—Pamplinas. Sé cómo trabajan esa gente. Sólo alquilan sus matarifes mediante una crecida suma por cada uno.

—Esta vez no. Sea quien fuere el que está detrás de los bastidores, es alguien que tiene cierto poder sobre los cabecillas de esas bandas. Todo lo que hace es presionar, ¿entiende?

—Francamente, Willie, ni una palabra.

—Trato de explicarle que hay un individuo muy listo que chantajea a los jefes de las pandillas. Exige el pago del chantaje con pistoleros. Apuesto que eso no lo sabía usted.

—No, ni una palabra. ¿Cuáles son las intenciones del que los trae?

—Le juro que me gustaría saberlo. Me haría rico... Pero sé el nombre de algunos de los pistoleros que han llegado.

—Veámoslos.

—Bueno, no puedo garantizarle que eso sea completamente cierto... puede haber algún nombre equivocado, pero ahí va, Joe Sader, un matarife de San Louis al que la policía no ha molestado

durante años.

Carella asintió con un gesto, dando a entender que archivaba los datos en su memoria.

Willie prosiguió:

—Harry Klein, un matón de Miami. Allí trabaja para las organizaciones del juego.

Frank pensó que éste ya podía ser borrado de la lista, pero no despegó los labios.

El confidente preguntó:

—¿Ha oído hablar alguna vez de Botten?

—No. ¿Quién es?

—Un especialista de los «petardos». Puede hacer maravillas con un cartucho de dinamita. Se le conoce por

«Jim-Jim»

Botten. También está aquí.

—Mira, Willie, todo eso puede ser interesante en un momento dado, pero ahora todo lo que quiero saber es el paradero de Flick Ozzie. Ése es uno de los matones recién llegados y te doy este informe gratuitamente. Traía de encontrarlo, pero con mucha discreción porque puede costarte el pescuezo.

—Haré lo que pueda. Bueno, hay más que puedo incluir en el precio estipulado.

—Entonces, ¿qué esperas para soltarlo?

—Es acerca de ese matón de San Louis. Dicen que es un artista con el rifle...

—¿Y...?

—He oído decir que una mujer fue muerta por un tirador emboscado, con un rifle. ¿Me sigue?

—Ya veo. Me gustaría saber cuántas noticias semejantes se almacenan en tu cabeza, Willie...

El confidente enseñó los dientes en una mueca de astucia.

—Tiene un medio de averiguarlo, amigo.

—Sí, ya sé...

Frank se levantó. Sin muchas esperanzas de obtenerlos, el soplón exclamó:

—¡Eh, me debe usted los otros cien!

—Los informes que me has dado no valen ni cincuenta centavos. Hasta la vista, Willie.

El aludido esperó a que Frank hubiera dado tres pasos. Entonces dijo:

—Lástima, porque había otra cosa que tal vez valiera cien pavos.

Carella se detuvo, suspirando resignadamente. Volvió junto a la mesa, dejó cien dólares sobre ella y gruñó:

—*Okay*, adelante.

—¿Le interesa la dirección de Joe Sader?

—¿El pistolero de San Louis?

—El mismo.

—Me interesa.

La zarpa de Big Willie hizo desaparecer los billetes. Luego murmuró:

—Hotel «Pyramid», cuarto ciento seis.

—Está bien, pero sigue buscando la de Flick Ozzie. Volveré por aquí.

Salió definitivamente. No sabía de qué podrían servirle los datos que el confidente le había facilitado, pero de momento no tenía nada mejor que hacer, mientras no encontrase una pista del hombre al que ansiaba ver frente al punto de mira de su pistola.

Nelson Collier.

CAPÍTULO X

Johnny Rugolo se detuvo ante el hotel y encendió un cigarrillo. Sacó la lista que llevaba y tachó otro nombre con gesto de fastidio.

Era el décimo establecimiento de poca categoría que visitaba. No había tenido suerte hasta entonces. Deseó haber elegido otro trabajo porque el de husmear de hotel en hotel le aburría soberanamente.

Al fin, guardó la lista y entró. Había una polvorienta palmera enana en un rincón. Un par de butacas y una raída alfombra. Además, naturalmente, de un pequeño mostrador de recepción, tras el cual se parapetaba un tipo cuya cara hizo pensar a Johnny en la apollada alfombra. Al acercarse observó que la impresión era real, por cuanto el rostro del recepcionista estaba duramente castigado por la viruela.

El hombre gruñó:

—¿Habitación? Si no trae equipaje, el pago...

—Olvídelo. Busco a un amigo.

—¿Y lo busca aquí?

—Está hospedado en un hotel de este barrio, pero no sé en cuál. Su nombre es Flick Ozzie.

El hombre se echó atrás. Su cara no varió en absoluto. En todo caso aumentó su expresión de aburrimiento.

—Es un nombre curioso —comentó.

—¿No está en este hotel?

—No.

Johnny se rascó la nuca. Algo sonaba a falso allí y no sabía qué era.

—Hay un puñado de billetes para el empleado que me diga lo contrario —ofreció distraídamente—. Un buen puñado.

—¿Por qué lo busca? Nadie paga un montón de dinero sólo para encontrar a un amigo.

—Quién está dispuesto a pagar para obtener respuestas soy yo.
¿Sabe o no dónde está Flick Ozzie?

—Podría hacer unas averiguaciones si es tan importante.

—Lo es.

—¿Cómo cuánto importante?

—Veinte dólares.

—Poco. Adiós, amigo.

—Cincuenta. Y no vuelva a decir poco o le mandaré al infierno.

—Bien... si realmente éste es el tope... Enséñeme su dinero, míster.

Johnny esparció billetes de cinco dólares sobre el mostrador. Guardó el resto y contempló impasible cómo el picado de viruela los recogía uno a uno.

Hasta que hubieron desaparecido no habló.

—¿Y bien?

—Arriba, segundo piso. Cuarto treinta y dos.

Las mandíbulas de Johnny se encajaron con un chirrido.

—De modo que estaba aquí. —Gruñó—. Debería arrancarte las orejas antes de quitarte mis cincuenta pavos...

—Uno tiene derecho a ganarse la vida. ¿O no?

—Al demonio. ¿Segundo piso has dicho?

—Ajá. ¿Quiere que le anuncie por teléfono?

—Hazlo y te arrancaré la piel a tiras.

Echó a andar hacia las escaleras. Subió preguntándose si no sería mejor llamar primero a Frank. Pero prefirió asegurarse de que estaba en posesión de la verdad antes de hacer intervenir a Carella.

La puerta del treinta y dos estaba en un extremo del oscuro pasillo. Sé detuvo ante ella. Calculó que al otro lado se encontraba. Un pistolero bragado en toda clase de tretas. Sólo había una manera de sorprenderlo, de modo que empuñó su «Webley-Scott» del 45, tomó impulso y se lanzó contra la puerta.

Las puertas eran de la misma categoría del hotel. Se abrió sin dificultad y Johnny saltó al interior con el, mismo impulso.

Pero la voz resonó a sus espaldas. Una voz ominosa, helada, con una calma escalofriante:

—Suelte la pistola, compadre, o le mato.

Johnny titubeó un segundo. Luego comprendió que había caído en una trampa y dejó caer la automática, que rebotó sobre la

alfombra, tan gastada como la del vestíbulo.

Giró lentamente. El hombre que le había sorprendido acababa de cerrar la puerta. Empuñaba un gran revólver y no parecía alterado en absoluto.

—Bueno, al fin le veo la cara. —Gruñó el pistolero—. Me tenía usted preocupado, fisgón.

—No me diga.

—Sabía que andaba por los hoteles de este distrito preguntando por mí. Había llegado a pensar que quizá no visitaría éste..., pero sigo teniendo la suerte de cara.

Johnny mantuvo la mirada clavada en el pistolero. Era éste un hombre de tinos cuarenta años, con escaso cabello de un color entre pajizo y pelirrojo, descolorido.

Tenía unos ojos vacíos de expresión y unos labios delgados y crueles. Un mentón hundido delataba su debilidad de carácter, pero era una debilidad compensada por el tremendo revólver que empuñaba.

—Bueno, ahora me dirá por qué tiene tanto interés por verme, compañero.

—Hasta cierto punto, es usted un tipo importante.

—¿De veras? Importante, ¿para quién?

—Hay alguien que tiene un gran interés por verle... alguien que me ha pagado para que haga este trabajo.

—Cada vez lo complica usted más. Nadie me conoce en Nueva York. Hace muchos años que ni siquiera visito esta podrida ciudad. Vivo en la Costa, ¿sabe?

—También me dijeron eso.

—¿Quién?

—El hombre que paga para que le busque.

—Bueno, ahora sólo falta que me diga quién es ese tipo y habremos terminado.

—No es tan fácil, Flick. ¿Qué piensa hacer conmigo cuando se lo haya dicho?

—Amarrarle a una silla, sólo para tenerlo a mano en caso de que haya soltado una sarta de embustes.

—No me conviene. Tan pronto se mueva usted detrás del hombre que me paga todo esto estallará como un volcán. No quiero encontrarme en medio cuando le frían, Flick.

—Usted está «barrenado», compañero. ¿Quién va a freírme?

—El tipo que le busca.

—¿Por qué?

—No me lo pregunte a mí. Todo lo que sé es lo que me dijo. Yo debía buscarle a usted, sorprenderlo y llevarle luego a un apartamento, aunque fuera a rastras. Pagaba bien, usted sabe.

La comedia estaba dando resultado. El pistolero empezaba a creer la historia, entre otras razones porque no podía sospechar siquiera que un desconocido como Rugolo quisiera encontrarle por nada personal.

—Veamos ahora quién es el tipo que quiere verme —dijo, pensativo.

—Sólo sé su nombre. Se me acercó en un café. Me lo presentó otro compañero mío.

—Ya veo... Se alquila usted barato. ¿Eh?

—¿Barato? Me dio doscientos dólares por el trabajito, más quinientos si le llevaba a usted. Añada a eso los gastos pagados y verá que era un buen asunto.

—Un asunto de calderilla. El nombre del fulano, y no de más rodeos.

Johnny le miró recto a los ojos. Quería sorprender cualquier reacción en el tipo, para estar seguro de que realmente era Nelson Collier y no un pistolero cualquiera.

—El hombre se llama Frank Carella.

—No lo entiendo. Nunca he... ¡Carella!

Fue una exclamación agónica, algo semejante a un grito de terror, cual si acabase de ver una visión que le pusiera los pelos de punta.

Rugolo encajó las mandíbulas. Ahora ya estaba seguro. Aquél era el asesino a quien Frank quería cazar.

Era el hombre que debía morir por segunda vez.

—De modo que le conoce —masculló.

—¡Carella! El picapleitos... el bastardo que me hundió en la bahía con el coche... ¡Carella!

No podía creerlo. Poco a poco un temblor espasmódico se apoderaba de sus manos y el revólver no parecía muy seguro. Johnny gruñó con sorna:

—Cuidado con ese «petardo», Flick, no vaya a disparársele.

—¿Qué? —Por un instante fue como si le viera por primera vez. Pero luego añadió—. Dígame adónde debía llevarme, rápido.

—A un apartamento.

—¿Dónde está?

Rugolo simuló que titubeaba. El pistolero se le acercó, amenazador. Sus ojos habían cobrado algo más que vida. Eran los de un loco.

—¡Dígamelo o le mato! —aulló, hundiéndole el cañón del revólver en la barriga.

—¡Apártese, maldito sea! ¿Qué cree que está haciendo con ese revólver? Si se lo digo no conseguirá nada. La contraseña es lo que importa.

—¿Qué contraseña?

—La que establecimos... Estoy dispuesto a dársela si me deja marchar en paz. No le he hecho ningún daño, ¿no es verdad?

Su papel de hombre inseguro y asustado estaba dando resultados. El pistolero no pensó ni por un momento que Rugolo estuviera tejiendo una tupida red a su alrededor.

—No le dejaré largarse de aquí hasta que haya terminado con eso. ¿Cree que nací ayer?

—Mire, yo no tengo nada personal contra usted, ni usted tiene nada personal contra mí. La jugada es entre Carella y usted. ¿Qué interés puedo tener en engañarlo? Todo lo que quiero es salir con bien de este lío.

Collier arrugó el entrecejo. Tal como Johnny había supuesto, no brillaba precisamente por su inteligencia.

—Le diré lo que haremos —decidió—. Le dejaré atado aquí, sólo para estar seguro que no me engaña. Tan pronto compruebe que ese Carella está en las señas que usted me dé, telefonearé al conserje para que suba a soltarlo.

—No me fío de ese tipo.

—¡Ya basta!

Collier recogió la automática del suelo, dejándola sobre un estante. Rugolo calculó las probabilidades que tenía de saltarle encima y vencerlo. Tal vez pudiera hacerlo... pero si el tipo ganaba, él estaría perdido y Frank no podría volver a cazarlo jamás. Decidió que era preferible seguir con la comedia hasta ver en qué paraba aquello. De todos modos, pondría a Carella sobre aviso, para que

estuviera en guardia.

—Usted gana —murmuró, simulando estar cada vez más asustado.

—¡La contraseña!

—Debía llamarle por teléfono y decirle que estaba todo arreglado, que le tenía a usted y que iba a llevarlo al apartamento. Eso le daría la seguridad de que usted estaba en mi poder.

—Ya veo... ¿Dónde está ese apartamento?

—Es el número ciento uno del «Manhattan Building», en la décima planta.

—Bien, telefoneará ahora mismo, compadre. Y con mucho cuidado con lo que diga, porque tendrá el revólver en la nuca.

—Descuide. No quiero más jaleo después de esto.

Collier se apartó para dejarle vía libre hacia el teléfono, pero cuando Johnny se disponía a descolgarlo empezó a sonar tan inesperadamente que los dos dieron un respingo.

—¡Apártese de ahí! —gritó el pistolero.

Johnny retrocedió hasta tropezar con una silla, en la que se dejó caer con un suspiro, mientras Nelson Collier descolgaba el aparato sin dejar de apuntarle.

—Ozzie. —Gruñó solamente.

Escuchó con el ceño fruncido. Hizo una mueca y exclamó:

—¡Oiga, espere! Tengo algo importante que resolver... ¡No me importa que usted lo haya dispuesto así!... ¡Claro que se trata de un asunto personal! ¿Qué?... ¡Oiga!...

Desde su asiento, Rugolo escuchó el crepitar de una voz metálica que hablaba furiosamente. El pistolero estaba pálido, y sus labios contraídos semejaban una línea recta y dura.

Cuando aquella voz lejana calló, Collier gruñó entre dientes:

—Muy bien, muy bien... como quiera. ¿Qué he de hacer?... Sí, comprendido. Le llamaré desde un teléfono público... Media hora; conforme.

Colgó violentamente. Estuvo mirando a Johnny un buen rato como si no lo viera. La palidez enfermiza de su rostro se había agudizado.

—Bueno, ¿qué decide? —le increpó Rugolo.

—¿Qué? Oh, sí, claro... Nuestro asunto tendrá que aguardar.

—¿Y qué piensa hacer conmigo entre tanto?

—Dejarle en esta silla, porque imagino que Carella conoce su voz.

—Puede estar seguro.

—Bien...

Volvió a descolgar el teléfono y comunicó con el recepcionista, ordenándole escuetamente que subiera a la habitación.

No tardó más de un par de minutos. Dio un vistazo al revólver que Collier empuñaba, luego echó un vistazo sobre Johnny y refunfuñó:

—¿Qué piensas hacer, pegarle un tiro aquí, en el hotel?

—Todavía no. Trae cuerdas con que amarrarlo.

—Flick, estás complicándolo todo. El trato era solamente que te alojases aquí, no que utilizaras el hotel como matadero.

—Nadie va a matar a nadie. Por lo menos aquí dentro. ¡Trae esas malditas cuerdas de una vez!

Refunfuñando, el empleado salió, para reaparecer minutos más tarde con un pequeño rollo de cuerda fina. Collier gruñó:

—Atalo tú mismo, mientras yo le vigilo. Y asegúrate de los nudos.

El trabajo del recepcionista no fue ninguna obra de arte, pero resultó tan sólido como el que más, por cuanto Rugolo se sintió inmovilizado por unos nudos tan duros que pronto perdió el tacto de las manos.

—Ahora, amordázalo.

—¡Eh, un momento, no puede hacerme esto! —protestó.

No le valió de nada. El conserje hizo otro trabajito tan firme que por poco le dejó sin respiración.

Tras esto, el pistolero guardó el revólver, consultó su reloj y señaló la puerta. El y el empleado salieron, dejando a Johnny reflexionando sobre su temeridad. Comenzaba a pensar que quizá había dejado que las cosas llegasen demasiado lejos...

CAPÍTULO XI

El «Pyramid» era un hotel al que, con mucho sentido del humor, podía darse la calificación de segunda categoría. Instalado en un viejo edificio de una vieja calle, la mayor parte de la cual estaba sentenciada a ser demolida en un futuro próximo, nadie se ocupaba de efectuar reparación alguna en los antiguos caserones.

El hotel hacía esquina con un callejón maloliente en el cual se alineaban los grandes cubos de la basura. Frank Carella se internó por el callejón, reconociendo el terreno y poniendo en fuga a toda una legión de gatos callejeros.

Volvió atrás para examinar el vestíbulo del establecimiento. Había un conserje tras el mostrador y un botones sentado en un taburete junto al ascensor. No le gustó el aspecto de los dos hombres, de modo que regresó al callejón, deteniéndose bajo la escalera metálica de escape.

Al segundo salto consiguió quedar colgado del tramo deslizante. Estaba tan enmohecido que ni siquiera descendió, de modo que se vio precisado a efectuar toda una serie de contorsiones antes de poder encaramarse por los peldaños hasta el primer rellano.

Subió precavidamente hasta el cuarto piso, donde encontró una ventana abierta que daba a un pasillo mal alumbrado. Entró y buscó la puerta de la habitación del pistolero de San Louis.

El ciento seis estaba en la sexta planta. Pegó el oído a la puerta y oyó el arrastrar de pies en el interior, como si el hombre se desplazara repetidamente de un mismo lugar a otro.

Frank examinó la cerradura. Era vieja, y entre la puerta y el marco quedaba una abertura suficiente para pensar que la lengüeta no cerrara muy ajustadamente.

Sacó la «Magnum» de su funda, corrió el seguro y descargó un tremendo puntapié a la puerta, que se abrió con estrépito.

Vio a un hombre de baja estatura girar como una peonza. Se

encontraba al lado de la cama y tenía un par de camisas plegadas en las manos. Estaba haciendo las maletas.

—Cuidado con las manos, Sader. —Gruñó, entrando y cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Quién demonios es usted?

—¿Importan los nombres? Deja esa ropa en la maleta, pero hazlo con tanto cuidado como si fuera de frágil cristal. Luego, coloca las manos en la nuca.

—No creo que se atreva a disparar aquí..., armaría demasiado revuelo con ese cañón...

—Sólo tienes que hacer el tonto para comprobarlo.

Algo que se desprendía de aquel hombre advirtió a Sader de la temeridad que representaría resistirse. En consecuencia, dejó las camisas en la maleta, levantó los brazos y cruzó los dedos tras su nuca.

Frank avanzó sin prisas. Dio un vistazo a la maleta. Con la mano izquierda revolvió en ella hasta convencerse de que no había ninguna arma.

—¿Dónde está el rifle, Sader?

—¿Rifle? No entiendo... No tengo ningún rifle. No me gustan las armas de fuego.

—Seguro que no... si están apuntadas a tu barriga. Retrocedes hasta la pared.

—Pero ¿quién es usted, viene solo o...?

—Tengo un regimiento esperándome ante la puerta de la calle Traen bandera y banda de música. ¡Atrás!

De un salto, Sader fue a colocarse en el lugar ordenado, Sus ojillos malignos no se apartaban del asaltante.

Carella abrió el armario. No quedaba una sola prenda de ropa en él, pero sí otra maleta cerrada. La sacó, mostrándola al pistolero.

—A juzgar por el peso, tu herramienta de trabajo está aquí.

Comprendió que había acertado con sólo ver la feroz expresión de aquel rostro. Llevó la valija a la cama, la abrió y contempló el rifle desmontado y la pistola sujeta a un engarce especial.

—Bueno, bueno. —Gruñó—. De modo que fuiste tú.

Sader no replicó. Esperaba su oportunidad.

—Fuiste tú quien mató a Kitty Chaney. ¿Quién te pagó para que lo hicieras?

No obtuvo respuesta. La verdad es que tampoco la esperaba, porque aquellos tipos sabían lo que se jugaban si se sentían delatores una sola vez.

—Necesitarás un poco de persuasión, amigo —dijo Carella con helada calma—; te aseguro que acabarás por hablar, así que es mejor que me ahorres trabajo...

—¡Váyase al infierno!

—Sí, bueno...

Se acercó a Sader. Éste apretó la espalda contra la pared, pero no pudo escapar al salvaje culatazo que se abatió sobre su nariz.

Soltó un alarido y cayó de rodillas, mientras un surtidor de sangre saltaba de su roto hueso, salpicándole el traje.

—Seguiré machacándote hasta que hables —le advirtió Carella fríamente—. No eres otra cosa más que un asesino indecente, traidor y cobarde, de modo que será un placer hacerte pedazos.

Sader levantó los ojos. Vio la decisión en el rostro del desconocido, la implacable decisión de matarle a golpes si era preciso. Aquellos ojos grises parecían hervir con fuego blanco. Se estremeció y trató de contener los gemidos de dolor.

—¡No puede hacerme eso a mí! —estalló—. ¿Quién se cree que es?

—Mientras sea yo quien tenga la pistola en la mano, Sader, soy el que dirige el concierto. ¿Quién te pagó para matar a Kitty?

—No..., no sé de qué habla...

Otro golpe tan demoledor como el primero cayó sobre su cráneo. Esta vez se derrumbó de bruces y sus dedos arañaron el suelo desesperadamente.

Frank Carella esperó pacientemente a que recobrara un poco el sentido. Cuando eso sucedió insistió con calma:

—¿Quién, Sader?

—¡No lo sé, maldito sea! ¿No comprende que no puedo decírselo? Me matará a golpes y no obtendrá nada. No conozco al tipo.

—Eso puede ser cierto y puede no serlo. ¿Cómo hiciste los tratos con él si nunca le has visto?

—Por teléfono.

—¿Qué teléfono?

—Éste..., él me llamaba a mí...

—Mientes.

—¡No, oiga...!

Vio la enorme automática levantarse sobre él y se echó atrás, casi arrastrándose hasta encontrar la pared a sus espaldas.

—¡Espere!

Frank se detuvo. El añadió:

—Le diré el número de teléfono. Es todo lo que sé.

—¿Cómo te contrató ese individuo para que vinieras desde San Louis?

—El no me contrató. El patrón me mandó venir y me dijo que me instalara en este hotel hasta recibir instrucciones...

—¿Quién es tu patrón?

—Blasetti... Joe Blasetti. El se entendió con el tipo de Nueva York.

—¿A cambio de dinero?

—No. El estaba furioso por tenerme que mandar aquí...

—Ya veo..., no has sido tú el único pistolero llegado a la ciudad. Únicamente que tú ya has cumplido la misión... Falta saber cuál será la de los otros asesinos... Dame ese teléfono.

Con voz apenas audible, y cuyo tono nasal hablaba a las claras de los resultados de su experiencia con Frank, Sader dictó el número al que comunicaba para recibir órdenes.

—Y ahora, ¿qué va a hacer conmigo? —gimoteó, perdido el control de sus nervios.

—Todavía no hemos terminado. ¿Qué sabes de los otros matarifes?

—Nada. Sólo se me dijo que viniera aquí, a Nueva York, y esperase instrucciones en este hotel. Después de... del «trabajo» me ordenaron regresar a San Louis. Eso es todo.

—¿Has oído hablar de Nelson Collier?

—Nunca.

—¿Y de Flick Ozzie?

—Tampoco..., aunque ese nombre me suena a alguien de la Costa...

—Seguro, de Los Ángeles. Pero también está en Nueva York en tus mismas condiciones.

—Es posible, pero yo no lo sé..., todo eso fue planeado para que ninguno supiera de los demás, ¿no se da cuenta? Es algo que salta a

la vista...

—Sea como sea, puedes afirmar que tu intervención en esto ha terminado.

Sader pegó un respingo. Casi se olvidó del chorro de sangre que seguía brotándole de la rota nariz.

—¿Qué va a hacer?

—Ahora lo verás...

Le despojó del cinturón. Cinco minutos más tarde, Joe Sader estaba sólidamente amarrado. El cinto se ceñía a sus tobillos incrustándose en la carne, y una sábana hecha tiras servía para fijarle las manos a la espalda. La misma sábana unía sus muñecas con sus tobillos, de modo que el cuerpo del pistolero quedó convertido en un forzado y doloroso arco.

Tras esto, amordazó a Sader con restos de sábana. Contempló su obra con rostro inexpresivo, salió de la habitación y recorrió el camino hasta la escalera de escape.

No tardó en encontrar una cabina de teléfono público. Se encerró dentro y comunicó con la Brigada de Homicidios. Le respondió una voz gruñona y aburrida.

—Quiero hablar con el oficial encargado del caso Chaney.

—El teniente Samson... Un momento, no cuelgue.

Sonaron una serie de chasquidos y finalmente otra vez más clara anunció:

—Teniente Samson al habla.

—Escuche bien, teniente, porque no voy a repetir una palabra. Tiene usted al asesino de Kitty Chaney, atado y amordazado, en la habitación ciento seis del hotel Pyramid. Se llama Joe Sader. Tiene el rifle con que disparó en una maleta.

—¡Espere un minuto! ¿Quién es usted?

—Ésa es una pregunta perfectamente inútil, teniente. No pierda tiempo. Sader puede recibir la visita de alguien y escapar.

—¡Oiga!

Colgó y salió de la cabina. En la acera encendió un cigarrillo, gruñó un juramento y emprendió la marcha hacia donde había dejado el coche.

Había terminado con un asesino, pero seguía estando sin la menor pista del único hombre que en verdad le interesaba.

CAPÍTULO XII

Peter Brett se encogió de hombros ante la pregunta de Frank.

—No sé dónde anda Johnny. Lin dice que se separaron para investigar cada uno una larga serie de hoteles.

El aludido gruñó:

—Hicimos una lista con los hoteles que nos parecieron más idóneos para alojamiento de esos tipos, teniendo en cuenta que les interesa encontrarse en un elemento que no les sea hostil. Yo terminé la mía sin haber conseguido nada positivo. Johnny todavía no ha regresado.

—No me gusta eso. Ha tenido tiempo sobrado... ¿Qué has obtenido tú, Peter?

—Creo que he dado con algo importante, aunque no en relación con Collier.

—Y eso es lo único que realmente necesito... Bien, adelante, veámoslo de todos modos.

—Se trata de los dos pistoleros que dejaste tiesos... Solían pasar largas horas en el local de Loder.

—¿Trabajaban para ese tahúr?

—No; iban allí para ver el espectáculo y divertirse con las chicas. Loder los conocía bien y procuraba que no se desmandaran... Bueno, he hablado con él largo y tendido.

—Sí, Loder es un tipo muy hablador. —Gruñó Lin Burke con sorna.

—Seguro. —Brett esbozó una sonrisa—. Suelta tres o cuatro palabras por minuto, si uno tiene suerte. Pero esta vez se ha sentido locuaz. Vio a esos dos matarifes sosteniendo una conferencia muy íntima con un tipo perteneciente al gran mundo...

—¿Cuándo fue eso?

—Dos noches antes que tú los matases.

—Ya veo... ¿Sabes también quién era ese «tipo del gran

mundo»?

—Según Loder, se llama Dan Eiverson.

Peter esperó una reacción con gesto sardónico. Al no producirse, gruñó:

—¿Qué demonios pasa con los dos, no sabéis una palabra de política?

—No mucho —suspiró Burke—. Ilústranos.

—Eiverson es uno de los consejeros de Simón Rawlins, el candidato.

Carella se enderezó.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. He hecho una serie de averiguaciones al respecto. Es uno de sus más fieles colaboradores. Hace muchos años que está con Rawlins.

—Eso es muy curioso... —Frank se levantó, encendió un cigarrillo, y con él en los labios se acercó a la ventana, a través de cuyos cristales contempló el mar de luces que se extendía ante su vista.

Brett dijo:

—¿Crees que Eiverson pudo ser quien les hiciera el «encargo» de matar a Kitty?

—No me costaría nada creerlo..., pero el que yo lo crea no nos lleva a ninguna parte. Además, ¿por cuenta de quién trabajaba Sader? Ahora ya sabemos que le ordenaron concretamente matar a Kitty a través de la ventana...

—¿Has probado ese teléfono que te dio Sader?

—Dos veces. Nadie responde. Presumo que debe ser un lugar al que el tipo sólo acude a horas determinadas, cuando espera una llamada.

—Bien, podemos averiguar a quién pertenece por medio de la policía. El «Viejo» nos lo arreglará.

Carella miró a Peter de soslayo.

—No quería recurrir al secretario todavía..., habrá que darle unas explicaciones de las que carecemos.

—Entonces, ¿cómo piensas averiguarlo?

—Llamando cuantas veces sea preciso. Si logramos hacerle creer al que responda que estamos enterados de su secreto, quizá acepte la idea de que le conviene negociar...

—No me gusta. Nos mandará a su legión de pistoleros.

—Tal vez, pero cualquiera de ellos...

Se interrumpió al oír el insistente timbre del teléfono. Peter lo descolgó de un manotazo y gruñó:

—¡Hable!

Escuchó unos segundos. Arrugó el entrecejo y apartó el auricular del oído. Tapándolo con la mano susurró:

—Para ti, Frank... Hablando del lobo...

—¿El secretario?

—Ajá.

Tomó el aparato y oyó la voz del secretario de Justicia un tanto cáustica.

—¿Qué avances han hecho ustedes, Carella?

—Pocos, señor. Un asesino ha sido entregado a la justicia. Se trata del hombre que mató a Kitty Chaney. Por lo demás, seguimos investigando...

—¿Y de «su» hombre, Carella, qué puede decirme?

Frank ahogó un juramento.

—No sé nada de él todavía.

—Eso es malo, ¿no?

Carella enarcó las cejas, sorprendido de semejante interés por un asunto que, desde el punto de vista del Secretario, era muy poco importante.

—Realmente, señor, lo es —rezongó—. ¿Está usted tratando de decirme algo determinado acaso?

—Sólo quería noticias. ¿Hay algo que yo pueda hacer por ustedes?

—Tal vez sí... No pensaba molestarle, pero ya que ha sido usted quien ha llamado, ¿le importaría averiguar a quién pertenece determinado número de teléfono?

—En absoluto. Díctemelo...

Lo hizo, asegurándose de que no había error posible. Luego, prosiguió:

—Hay algo más que me gustaría saber, señor... ¿Cómo está considerado en el Gobierno el candidato Rawlins?

—De manera excelente. Confidencialmente, le diré que nadie en Washington duda de que salga triunfante en la elección. Es un magnífico político.

—Eso no me dice nada. ¿No hay ninguna sombra en su carrera?

—No le comprendo, Carella. ¿Está tratando de echar Iodo encima de Simón Rawlins?

—No se trata de eso, pero están surgiendo algunos detalles un tanto sorprendentes. Le mantendré informado al respecto.

—No deje de hacerlo. Ha conseguido inquietarme, Carella.

—Sí, ya lo imagino. ¿Cuánto tiempo necesitará para averiguar lo de ese número?

—No más de quince minutos. Yo le llamaré.

Colgó, refunfuñando. Consultó su reloj.

—Johnny ya debería estar de vuelta —comentó—. ¿Sabes qué hoteles ha elegido para su recorrido? Seguro. Tengo una copia de la lista. El se ha reservado doce hoteles.

—*Okay*, vas a meter la nariz en ellos, pero empieza la lista al revés, o sea, por el final. Trata de averiguar si Johnny ha estado allí y qué ha sucedido. Pero ten mucho cuidado. A estas horas, Collier sabe: ya que alguien le anda buscando. Estará prevenido.

—De acuerdo. Pero supongamos que localizo a Collier, Frank...

—No lo tocarás para nada. El tipo es mío.

Lo dijo con una voz cortante como un cuchillo. Lin Burke asintió con un gesto.

—Sólo quería saber a qué atenerme.

Se dirigió a la puerta y salió sin más palabrería inútil. Peter Brett dijo:

—¿Qué hago yo ahora, Frank? Me crispa los nervios permanecer aquí como un inválido, mientras éstos se divierten.

—Tu tarea no será divertida, Peter, Vas a bucear en el pasado de ese fulano. Trata de descubrir cualquier cosa que pueda relacionarlo con los dos pistoleros, aparte de lo declarado por Loder. Especialmente, si había mantenido contacto con ellos anteriormente.

—Muy bien. Volveré en cuanto pueda. No me gusta que Johnny haya desaparecido sin comunicar ni una sola vez...

Al quedar solo, Carella se hundió en una butaca, junto al teléfono. Tampoco le gustaba a él el extraño silencio de su compañero. Pero si Johnny Rugolo se había metido en un atolladero sabría cómo salir de él. Inventaría cualquiera de sus fantásticas historias para poder comunicar valiéndose del código establecido, a

fin de que supieran. Que estaba en apuros...

De nuevo el teléfono le arrancó de sus meditaciones.

La voz del secretario de Justicia dijo:

—El teléfono pertenece a alguien llamado Bull Morton. El domicilio es Paradise Street, quince, en Brooklyn.

—Está bien, es cuanto necesitaba saber.

—Buena suerte.

Colgó, con las últimas palabras del secretario zumbando en sus oídos:

«Buena suerte».

Hasta el momento, no podía decir que la suerte le hubiera sonreído...

Minutos después abandonó también el apartamento. Su meta era la casa de Glenda Breed, la mujer en cuyos ojos se reflejaba el miedo...

Instintivamente, Glenda intentó cerrar la puerta en cuanto vio a Carella. No fue lo bastante rápida para éste, quien se coló al interior después de un empujón que abrió la puerta de par en par.

—No debe ser usted tan arisca, Glenda —comentó con ironía—. ¿Dónde está nuestro amigo Jack?

—No lo sé. Y no crea que entrando violentamente me asusta, polizonte, o lo que quiera que sea...

—No soy policía. ¿No está aquí Jack?

—No.

—La otra vez dijo lo mismo y luego apareció él con un cañón en la mano.

—¡No está aquí! ¿Por qué no se larga y me deja en paz? No quiero saber nada con usted.

—He vuelto por una sola razón, Glenda...

—Incluso esa sola sobra.

—Quiero averiguar por qué tiene miedo.

Ella acusó un sobresalto. Carella la contempló larga y descaradamente. Era una mujer en la plenitud de la vida, pujante en todas sus formas. Incluso el rostro era bello, aunque enturbiada su expresión por la dureza que reflejaban sus labios.

—Empecemos con Collier —añadió Frank hablando con estudiada calma—. El vivo, no el que murió...

—¡Ya le dije que ni siquiera lo conocía!

—La gente acostumbra decir muchas cosas que no son ciertas...

—Ésta lo es...

—Y Jack Shott, ¿tampoco conoce a Nelson Collier?

—Pregúntele a él.

—Ya lo hice. No obtuve mucho.

—Menos obtendrá esta vez.

La mujer le dio la espalda, alejándose de él para ocultar su evidente nerviosismo.

Frank volvió a la carga tratando de desconcertarla.

—¿Qué se traen entre manos Jack y usted?

Ella se envaró. Pudo notar cómo se ponía rígida.

—No sé de qué me habla.

—Es indudable que Shott planea algo, de otra forma nunca habría desafiado a la comisión de libertad vigilada, escondiéndose. Y usted está metida en esto, Glenda.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. Cuando se volvió de cara a él estaba pálida como la misma muerte. Sus ojos relucían con un brillo febril. Estaba aproximándose a un ataque de histeria a pasos de gigante y Carella lo advirtió perfectamente.

—¡Váyase, márchese de aquí sea quien sea! —estalló.

Frank esbozó un gesto de fastidio.

—Tengo la impresión —dijo—, que usted no alcanza a comprender todo el riesgo que comporta aliarse con un tipo de la calaña de Shott. Sí, ya sé que siempre ha andado con gentes de esa clase —se apresuró a añadir al ver el gesto de ella—; pero aquéllos eran otros tiempos. Ahora, cuando Jack Shott se hunda, la arrastrará con él. No podrá escapar esta vez, Glenda.

—Ni siquiera sabe de lo que está hablando...

—En parte tiene razón. Me falta saber qué negocio es el que Shott está planeando. Todo lo demás gira en torno a eso. Excepto encontrar a Nelson Collier, por supuesto.

Ella se mordió el labio inferior. Por unos instantes Carella pensó que iba a partírselo, tanto se hundieron sus dientes en la carnosidad mórbida y roja. Luego, relajó la tensión y murmuró:

—¿Por qué está usted tan obsesionado por Collier? El no pudo contener un gesto de impaciencia.

—Es una cuestión privada y que data de algunos años atrás. ¿Quiere decir con eso que sabe dónde puedo encontrarlo?

—No...

—Glenda.

—No sé dónde está Collier.

—Míreme.

—¿Cómo?

Frank la sujetó por los hombros obligándola a darle la cara. Sus ojos se encontraron, librando una silenciosa batalla de voluntades. Los grises del hombre adquirieron el brillo y la dureza del acero, penetrando hasta lo más recóndito de las pupilas asustadas que trataban de sostener aquella mirada.

Glenda se estremeció como si de repente se sintiera helada.

—La ayudaré —susurró Carella—. Conozco el miedo lo suficiente para reconocerlo cuando lo veo en unos ojos como los suyos. Puedo ayudarla si usted me lo permite..., a cambio de su sinceridad.

—No..., no necesito su ayuda...

—Tonterías. ¿Es al pensar en la muerte de Kitty Chaney lo que le produce el temor?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Ella era su amiga. Estuvieron juntas poco antes de que fuera asesinada. Me pregunto qué tendrá que ver Shott con el crimen..., y si la amenaza a usted también.

Ella pareció advertir por primera vez que él la tenía sujeta por los brazos y se desprendió sin brusquedad, apartándose de Frank con pasos vacilantes.

—Jack volverá de un momento a otro —susurró.

—Entonces, mejor será que hable ahora, Glenda. El no podrá hacerle daño mientras yo esté a su lado.

—¿Y después?

—¿Qué quiere decir?

—Que después usted se marchará y yo tendré que quedarme aquí. Estaré a merced de Jack, sin ayuda de ninguna clase.

—De modo que es a Jack Shott a quien teme... ¿Por qué, Glenda?

—No puedo decírselo... Creo que está loco, obsesionado por algo monstruoso.

—¿Qué es ello, lo sabe usted?

—No. Jack no confía en nadie. Y es despiadado, cruel. No se

parece en nada al hombre que era antes de ingresar en la prisión.

—Bien, diez años de presidio cambian a cualquiera, aunque su manera ambigua de decirlo no me sirve de mucho. ¿Dónde está él ahora?

—No lo sé. Acostumbra salir después de anochecer. Se pone nervioso encerrado aquí horas y horas. Dice que le sienta bien dar un corto paseo cada noche.

—¿Cuánto duran esos paseos?

—Poco... y esta noche ya lleva más de treinta minutos fuera..., volverá de un instante a otro.

—Le haremos los honores, Glenda. Y ahora, sea razonable y confíe en mí. La pondré en lugar seguro hasta que todo esto haya terminado, pero necesito estar al corriente de las andanzas de Shott. Tal vez él me lleve hasta Collier.

Glenda titubeó unos segundos, pero se notaba que las energías huían de ella aceleradamente.

—Creo que debo confiar en usted —suspiró, estremeciéndose—. Jack sabe dónde está Collier..., tiene ese nombre anotado en una pequeña agenda que lleva en el bolsillo.

Frank dio un respingo. Todos sus duros músculos se estremecieron ante lo que bien podía ser el final de su venganza.

—¿Dónde, Glenda?

—No lo sé. Sólo vi el nombre de Nelson en esa agenda...

—¿Vio si había otros nombres en ella? Nombres que aunque fueran desconocidos para usted ahora pueda recordarlos.

—Estaba llena de nombres, y otras anotaciones que no comprendí.

—¿Joe Sader? —Probó Carella.

Ella se sorprendió.

—También había ese nombre.

—¿Y Harry Klein, y «Jim-Jim» Botten?

—¡Dios santo! Cualquiera diría que usted también ha visto la agenda...

—De modo que es eso...

—No comprendo...

—Debí haberlo comprendido mucho antes, aunque no sé todavía qué motivos persigue Jack con eso.

—Está hablando en enigmas para mí.

El la miró con el ceño fruncido.

—Es preciso que la ponga a salvo, Glenda. Jack ha estado utilizándola porque este apartamento era un buen refugio..., o quizá con algún otro oscuro propósito. Eso lo aclararemos a su tiempo. Pero no me cabe duda que le tiene reservado un final como el de Kitty.

—Usted no puede creer...

—Jack mandó asesinar a Kitty, Glenda. Ahora ya sé el terreno que piso. Y tal vez cuando tenga tiempo de reflexionar con calma comprenda el resto del enigma. Va usted a venir conmigo.

—¿Adónde?

—No lo sé todavía. La pondré fuera del alcance de Jack, que es lo importante por el momento..., aunque me pregunto por qué él eligió la compañía de usted, en lugar de la de Kitty, puesto que ésta había sido su amiga antes de ser detenido...

—¿Usted quiere decir que Jack ordenó que mataran a su amiga? No puedo creerlo..., nunca me habló de ella.

—Escuche, todo esto arranca del atraco frustrado hace diez años. Entonces debió suceder algo que no conocemos, pero que ha desencadenado ahora esa avalancha de crímenes y pistoleros, con Jack manejándolos en la sombra. Y se me ocurre que por aquellas fechas usted era la amiga de «Potter» Collier, el jefe de la pandilla. Quizá eso tenga alguna relación con la preferencia de Jack por usted, ahora. ¿Recuerda si le ha hablado de eso desde que salió del penal?

—Muchas veces. Es una obsesión en él.

—Ajá. ¿Qué demonios debe estar mordiéndole por dentro?

—No lo sé, pero lo crea o no me ha prohibido salir de casa..., le juro que no he pisado la calle desde que él está conmigo. Creo..., creo que me hubiera matado de haberle desobedecido.

—Otra insensatez... ¿Quiere decir que no ha salido desde que él se presentó en esta casa?

—Así es.

—¿Y la compra?

—La mayoría lo encargaba por teléfono. El resto lo compraba él.

—Absurdo... A menos que... Dígame, Glenda; ¿qué ha estado hablando con usted respecto al golpe que fracasó?

—Nada en particular, sólo comentarios... Cómo planearon el

robo, cómo Collier se daba aires de genio y cómo se dejó engatusar. Cosas así.

—Un momento, ¿qué es eso de que se dejó engatusar?

—Jack cree que su cómplice les traicionó.

Frank dio un respingo. Era la primera vez que oía hablar de un cómplice en aquel golpe.

—¿Qué cómplice? Excepto Jack, todos los demás murieron en la batalla con la policía.

Ella le miró.

—El no. El hombre que planeó el golpe realmente escapó. Nunca se habló de él porque Jack no quiso..., y yo sé lo que representaba hablar más de la cuenta.

—Y usted conocía a aquel tipo, por supuesto.

—Lo había visto un par de veces en compañía de «Potter».

—¿Su nombre?

—Nunca lo supe, pero Jack sí lo conoce.

—Ya veo. Bien, vámonos, Glenda.

Ella titubeó. Seguía dominada por el miedo, pero la formidable presencia de Carella empezaba a infundirle el valor que necesitaba.

—Iré con usted —susurró—. Donde quiera que me lleve, iré con usted.

—No se lleve nada. Pronto podrá regresar aquí.

Se dirigió a la puerta. Ella recogió el bolso y salieron en silencio. La mano de Frank descansaba sobre la culata de su «Magnum», dispuesto a utilizarla si Jack Shott tenía la mala ocurrencia de presentarse en aquel momento...

Pero nada sucedió. Por primera vez, la suerte le daba la cara en el misterio que trataba de desentrañar...

CAPÍTULO XIII

Peter Brett dio un vistazo a Glenda, parpadeó y la miró con más atención. Apreció en todo lo que valían las magníficas curvas de aquel cuerpo en su plenitud. Empezó a sonreír. Luego recordó otra cosa y la sonrisa se esfumó de sus labios.

—Lin ha telefoneado, Frank. Johnny está amarrado a una silla en un hotel de mala muerte.

—¿Qué?

—Todo lo que me ha dicho es que él controla la situación, pero que no ha querido soltar a Johnny hasta haber hablado contigo.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué hotel es ése?

—Lo he anotado aquí... ¿Vamos para allá?

Frank se volvió hacia Glenda.

—Puede quedarse aquí hasta nuestro regreso. Nadie la molestará. Puede acostarse si quiere, pero no responda al teléfono ni a la puerta. ¿Comprendido?

—Sí... Pero me gustaría mucho saber quiénes son ustedes. Creo que tal como están las cosas les debo la vida.

—Mi nombre es Frank Carella. Eso es suficiente de momento. Póngase cómoda y no tema. Todo saldrá bien.

Ella se acercó a Frank con un brillo de lágrimas en los ojos. Con voz que apenas se oyó dijo:

—De haber conocido a un hombre como usted, años atrás, mi vida hubiera sido otra... muy distinta.

Peter enarcó las cejas, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Frank dijo:

—Eso son tonterías, Glenda. Todavía está a tiempo de elegir otro sendero..., siempre hay un camino abierto a la esperanza.

—¿Me ayudaría usted a encontrarlo, Frank?

—Haré lo que pueda.

Sonrió. A pesar del acero que parecía brillar en sus ojos,

consiguió una sonrisa. No eran frecuentes en él.

Glenda dijo:

—Gracias. Pase lo que pase, ahora sé qué debo hacer. Usted me ha mostrado el camino.

Carella alargó la mano y la obligó a levantar la cabeza presionando bajo su mentón. Vio las lágrimas deslizarse de sus ojos. Los labios temblaban. Inclinandose, los besó ligeramente.

—Descanse ahora, Glenda —murmuró—. A mi vuelta hablaremos de usted y su futuro.

Se apartó de ella y fue a reunirse con Peter. Glenda los vio marchar sin que pudiera contener las lágrimas que se desbordaban de sus ojos. Pensaba que quizá fuera demasiado tarde para cambiar de ruta..., pero por lo menos estaba segura que lo intentaría.

Sola.

Porque tenía que intentarlo sola. Aquel hombre, aquel gigante de ojos brillantes, nunca estaría a su lado en sus momentos íntimos, pero su recuerdo le daría fuerzas.

Permaneció mucho tiempo inmóvil, con los ojos fijos en aquella puerta. Luego, ella también se dirigió a la salida y abandonó el apartamento con la cabeza hundida en el pecho.

Pero ya no lloraba. Quien acaba de adoptar una decisión no desperdicia las energías con el llanto...

Había un tipo con la cara picada de viruela detrás del sucio mostrador de recepción. El individuo estaba pálido como un cadáver, y al ver a Carella y su compañero estuvo a punto de caerse de espaldas.

De una pequeña puerta que había tras el conserje asomó la cabeza de Lin Burke.

—Ese angelito es el que ha metido a Johnny en un lío... Me ha costado un poco persuadirlo de que colaborase.

Peter se acercó al empleado.

—No veo señales de «persuasión» —comentó con soma.

—Ya me conoces. Nunca les estropeo la cara por si luego puede servirme, como es el caso de ese fulano. Pero te apuesto que tiene un par de costillas rotas...

El picado de viruela gimió a la sola mención de sus costillas.

Carella gruñó:

—¿Dónde está Johnny?

—Arriba, en una habitación, atado y amordazado.

—¿Cuántos tipos hay arriba?

—Ninguno. Johnny está solo.

Frank dio un respingo.

—¿Solo? Entonces, Lin, no me explico cómo no lo has soltado... ¿Qué diablos...?

—La habitación pertenece a Collier, Frank. Va a volver convencido de que Johnny le llevará hasta ti y podrá pillarte desprevenido.

—Ya veo..., una de las historias de Johnny. Pero ahora ya no es preciso seguir con la comedia. Vamos arriba.

—¿Y éste?

—Tú seguirás aquí, vigilándolo. Puedes meterle un tiro si trata de advertir a Collier cuando llegue.

—Será un placer, Frank —rió Burke, acariciando la nuca del conserje con el cañón de su revólver.

El hombre empezó a temblar. Boqueó, pero no encontró voz suficiente con que articular una protesta.

Peter indagó:

—¿Qué habitación es, Lin?

—Treinta y dos.

Encontraron a Johnny Rugolo sudando a causa de la mordaza. Sus ojos relucieron humorísticamente cuando los vio. Peter se lanzó a librarlo de sus amarras y entonces comentó:

—Ya me parecía a mí que la idea de. Lin era un, tanto incómoda... ¿Dónde está?

—Abajo, controlando al conserje. ¿Has visto a Nelson Collier?

—Efectivamente. No cabe duda que es el mismo. Tan pronto a oído tu nombre ha empezado a temblar.

Carella rechinó los dientes. Su mirada semejó arder con todo el fuego del infierno.

—Tiene motivos para temblar... ¿Adónde ha ido?

—No lo sé; alguien le ha llamado por teléfono dándole instrucciones para un trabajo. No le ha gustado, pero me ha dejado amarrado para mejor ocasión.

—Un «trabajo»... Me pregunto...

—¿En qué estás pensando?

—He averiguado algunas cosas interesantes —rezongó Frank

entre dientes—. No me cabe duda de que el individuo que ha «importado» a toda esa tropa de asesinos es Jack Shott... En sus diez años de presidio debe haber reunido material suficiente para presionar a los jefes de las pandillas de la mayor parte del país. Ahora ha utilizado esos conocimientos para obligarles a que le presten un pistolero cada uno..., y aquí están.

—Pero ¿con qué objeto?

—Vengarse.

Brett sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿De qué quiere vengarse? No quedó ni uno de sus antiguos compinches.

—Quedó uno, Peter..., el que organizó el asalto al furgón de correos.

—Frank, debes estar en un error. El organizador del asalto fue «Potter» Collier, y éste murió en la refriega.

—Aparentemente, fue Collier quien hizo los planes, pero la verdad es que hay un hombre que se mantuvo en la sombra, y éste fue quien lo organizó todo. Luego..., luego realizó la jugada maestra. Traicionó a la pandilla, procurando que la batalla fuera tan dura que apenas quedase uno con vida... Jack Shott, aunque éste no había visto nunca al hombre misterioso. Pero sí lo conocía Glenda Breed, porque parte de las negociaciones tuvo lugar en el apartamento de Collier...

—Ya veo. ¿Quién fue ese genio de la estrategia? —quiso saber Johnny.

—Creo que también puedo responderte a eso, juzgando por el interés de Jack en mantener encerrada a Glenda desde que él se instaló en su apartamento...

El estridente chillido de una sirena lejana cortó la frase por la mitad. Inmediatamente otras sirenas se unieron a la primera hasta que su lúgubre lamento pareció llenar la noche por entero.

Johnny comentó con sorna:

—Si nos sitian aquí tenemos todo un arsenal para dar la batalla. Lin ha descubierto una maleta abarrotada de armas y municiones. Ese Collier es un tipo precavido...

—Me pregunto qué significa ese despliegue policíaco...

Apenas había terminado de hablar cuando desde la calle les llegó el estridente chillido de unos neumáticos. Alguien había

frenado brutalmente casi frente al hotel.

Peter dio un salto hacia la ventana.

—Un tipo acaba de entrar al hotel como si le persiguiera el diablo, Frank. ¿Crees que...?

Carella empuñó la «Magnum».

—No quiero que nadie intervenga en esto, ¿entendido?

Se dirigió a la puerta. En aquel instante, un estrépito de autos y sirenas convergió sobre la calle. Alguien disparó y hubo un retumbar de armas automáticas como respuesta.

El teléfono empezó a sonar en medio de los estampidos.

Frank saltó sobre el aparato, para oír la voz perfectamente en calma de. Lin que gruñía:

—Collier está aquí abajo, Frank. Dispara desde el portal contra la policía... ¿Qué te parece, lo tumbo?

—¡No! Seguro que intentará llegar aquí arriba para disponer de su armamento. Déjale que suba.

—Bueno.

Burke colgó sin comentarios. En la calle, las armas habían callado, pero se oían carreras y voces de mando.

Frank se dirigió a la puerta y la abrió. Andaba como un autómatas, estaba terriblemente pálido y de su figura se desprendía algo semejante a un hálito de muerte que estremeció a sus dos compañeros cuando le Vieron desaparecer en el pasillo.

Johnny recogió su pistola del estante donde la dejara Collier y trató de seguir a su jefe, pero la mano de Peter Brett, como una garra, le inmovilizó.

—No te metas en esto, Johnny. Ya has oído a Frank...

—Pero ¿y si el otro dispara primero?

Peter se encogió de hombros.

—Frank quiere correr ese albur. Es asunto suyo. No te muevas de aquí...

En el rellano de la escalera, Carella se detuvo. Vio al hombre abajo, cuando retrocedía de espaldas a los peldaños para no perder de vista el vestíbulo. Lo reconoció al instante.

«Nelson Collier».

El degenerado asesino que había destrozado lo que fuera su vida..., que no había tenido suficiente con matar a las dos mujeres...

Esperó con un velo rojo extendiéndose ante sus ojos.

Ahora estaba a su alcance. ¿Qué importaba lo demás?

Una voz, amplificada por un megáfono, aulló fuera, en la calle:

—¡No tiene escapatoria, pistolero! ¡El hotel está rodeado... Salga con las manos en alto!

Collier empezó a subir las escaleras. No replicó a la voz.

Frank, plantado al final del tramo, gritó:

—¡Collier!

El pistolero giró como una peonza. Llevaba un revólver del 45 en la mano, equipado con un silenciador. De su mano izquierda pendía una automática que dejó caer al moverse. Debía estar vacía.

Pero demostró que era un asesino profesional, rápido de reflejos y desesperado. Estaba girando todavía cuando abrió fuego con el revólver.

Los apagados estampidos apenas se oyeron. Una de las balas rozó el cuello de Frank abriéndole un leve surco. Otra, le atravesó el vuelo de la chaqueta. Sólo entonces, inmóvil como convertido en piedra, Carella apretó el disparador.

La «Magnum» rugió en la estrecha escalera. Collier fue empujado hacia atrás por una mano de gigante. Todavía aulló:

—¡Usted..., maldito...!

Los ruidos de la automática se convirtieron en un largo trueno, mientras las balas, una tras otra, zarandeaban al pistolero de un lado a otro, arrojándolo contra la barandilla primero, haciendo que rebotara escaleras abajo después, y, finalmente, cuando se aplastó al pie de los peldaños, le clavaron contra el suelo como un Insecto en la tabla del coleccionista.

Hasta que la «Magnum» emitió un chasquido ridículo Frank no hizo el menor movimiento. Entonces giró sobre los talones y regresó a la habitación.

Había fiebre en sus ojos. Un reguero de sangre se deslizaba por su cuello.

—Esto va a llenarse de policías de un momento a otro —dijo con voz sin inflexión—. Peter, cuando estén abajo provoca un cortocircuito para dejar todo el edificio a oscuras. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Por supuesto. Pero estás herido, Frank... Creímos que ibas a dejar que ese tipo te acribillara...

—Es un rasguño...

Salieron al pasillo. Algunas puertas se habían abierto entre tanto, pero la clase de huéspedes que se alojaba en el hotel sabían por experiencia que la curiosidad es peligrosa y volvieron a encerrarse inmediatamente.

Peter corrió hacia un extremo del mal alumbrado pasillo. Había una gran caja de fusibles y conexiones. Empezó a manipularlos y, repentinamente, hubo un vivo chispazo y las luces se apagaron.

—¡Ahora! —exclamó Johnny.

—¿Y Lin? —rezongó Peter.

—El sabrá salir por su cuenta.

El hotel, a oscuras y con policías a docenas, se había convertido en una Babel de gritos, imprecaciones y confusión. Nadie trató siquiera de cerrarles el paso.

Ahora, Frank Carella sabía que el asesino que había destrozado su vida años atrás estaba realmente muerto. Había sido necesario que muriera dos veces..., una venganza doble.

Tal vez ahora pudiera hallar la paz que había ansiado tanto tiempo, aunque ya no estaba muy seguro de desearla..., uno se acostumbra hasta a la violencia.

CAPÍTULO XIV

El secretario de Justicia no parecía sentirse muy cómodo. Era evidente que aquellas situaciones no encajaban en su impecable vivir.

No obstante, dijo:

—Debo felicitarles a ustedes, Carella..., porque evitaron un gigantesco fraude.

—Quien realmente lo evitó fue esa mujer, señor, Glenda Breed. Yo no pude sospechar que cuando le dije que la ayudaría a cambiar de vida ella lo tomara como un deber para la sociedad...

—El caso es que al salir de este apartamento vio las fotografías de Rawlins en los carteles electorales. Eso le hizo comprender cuál era realmente el camino que usted le aconsejaría..., y se presentó en la oficina del fiscal del Estado. Una declaración completa, extensa y detallada. Rawlins fue quien planeó el asalto al camión de correos, sólo para hacerlo fracasar y conseguir así el triunfo espectacular y violento que le llevó a la cumbre... Supo mantener bien oculta esta faceta de su vida..., pero no lo suficiente.

Peter gruñó:

—Por eso murió Chaney..., porque al ver los carteles trató de chantajearlo. La verdad es, señor, que debimos comprenderlo mucho antes, pero Frank estaba demasiado ocupado con su «asunto privado»...

Rió. El secretario asintió con un gesto.

—Me alegra que todo se haya resuelto con discreción. Los periódicos se preguntan una vez más quién demonios... Perdón; quién organizó la batalla en el hotel, y quién es el hombre que convenció a Glenda..., pero ésta afirma que no sabe su nombre.

Frank asintió con un gesto.

—Buena chica —murmuró—. Ahora, señor, para terminar esto creo que usted debería hacer el resto.

—¿Yo?

—¿Recuerda la dirección que me dio, correspondiente al teléfono cuya averiguación le encargué?

—Perfectamente, la tengo anotada.

—Bien, désela a la policía. Allí encontrarán a Jack Shott..., armado, con lo cual regresará a la penitenciaría por unos cuantos años más.

—¿Está seguro?

Frank se encogió de hombros.

—El organizó todo eso de la concentración de matones. Quería terminar con Kitty para cargar ese crimen en la cuenta de Rawlins. Deseaba vengarse, ¿comprende? Por eso ordenó a Collier que disparase contra el candidato rival esta noche..., pero sin matarlo. Así podría echar más carne en el asador. Lo tenía todo planeado para que Glenda le reconociera en el momento determinado, hundiendo así su carrera política. Ésa era una venganza mucho más efectiva que si le hubiera disparado un tiro.

—Pero ¿usted cree que después de eso seguirá en ese domicilio?

—El no puede saber que conocemos su escondrijo. Lo tiene alquilado a nombre supuesto, y sólo lo ha ocupado durante breves horas, por las noches, cuando daba instrucciones telefónicas a sus asesinos. Estará allí. No tiene otro sitio donde ir, porque sabe que si regresa al apartamento de Glenda, con todo lo que se ha armado, ésta se derrumbará. No puede fiarse.

—Bien, haré llegar el informe hasta la policía, Frank. No creo que quede nada más por discutir...

Se dirigió a la puerta ante las miradas impasibles de LOS JUSTICIEROS. Nadie despegó los labios.

Carella se hundió en una butaca y encendió un cigarrillo. Los otros se miraron entre sí. Johnny señaló una puerta interior y segundos después Frank estaba solo.

Sólo con sus recuerdos, con el horrible pasado que gravitaba sobre él como una gran masa de plomo...

Sin embargo, tal vez las cosas pudieran cambiar ahora. Sabía que su venganza había sido cumplida implacablemente, sin más errores.

Y una mujer, gracias a él, luchaba para encontrar su camino..., podía decirse que la había redimido, sacándola de un medio que

habría acabado por destruirla...

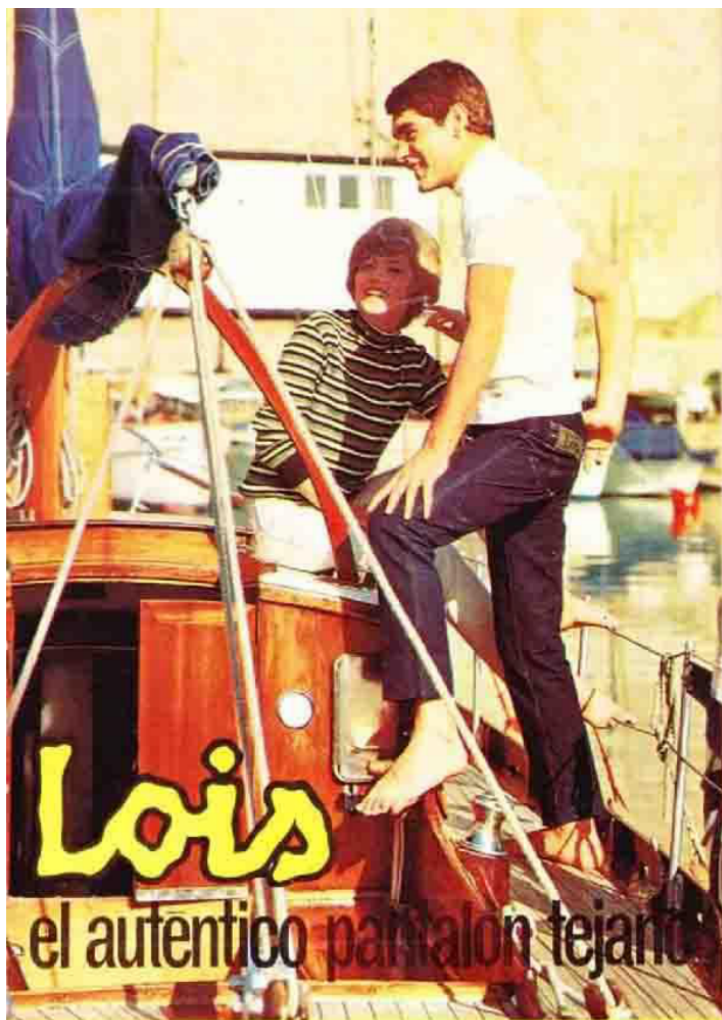
En cierta forma, era como si la hubiera resucitado.

La había devuelto a la vida.

Bien, la amargura del recuerdo podía disiparse en parte.

Cerró los ojos. La imagen de Glenda surgió de las tinieblas iluminando su mente...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

